

MONOGRAFÍAS
DE LA
ACADEMIA
DE
CIENCIAS
Exactas
Físicas
Químicas y
Naturales
DE
ZARAGOZA

N.º 23

**Los saberes científico y popular en torno
a las plantas del Pirineo Aragonés.**

por

Luis Villar Pérez

Académico Correspondiente



2003

Depósito legal: Z-113-2003

Maqueta e imprime:

Sdad. Coop. de Artes Gráficas

Librería General

Pedro Cerbuna, 23

50009 Zaragoza

Excelentísimo. Sr. Presidente de la Real Academia de Ciencias de Zaragoza,
Excelentísimos e Ilustrísimos Sres. Académicos,
Señoras y señores.

Muchas gracias por la cálida acogida que me dispensan. Pasada la sorpresa personal por esta inmerecida e inesperada distinción, permítanme manifestarles que me siento muy honrado por ella, máxime cuando, después del Dr. D. Fernando Cámara, quien era médico, catedrático y botánico, soy el primer biólogo botánico que entra a formar parte de esta Institución Académica de Zaragoza, capital de una región donde han germinado tan ilustres cultivadores de la Botánica como Cienfuegos, Asso, Echeandía, Lagasca, Sessé y Loscos, entre otros.

Pero aún soy más sensible a esta bienvenida cuando he sido presentado por dos admirados académicos y biólogos, los Dres. D. Juan A. Marín y D. Juan Pablo Martínez –ambos investigadores, como yo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas–, y cuando, en la misma sesión de mayo pasado, acordaron ustedes distinguir también al Dr. D. Pedro Montserrat, mi meritísimo maestro. A decir verdad, ya me consideraba afortunado por haber podido dedicar 33 años seguidos a la investigación botánica en esta tierra generosa y hospitalaria, pues llegué a Jaca en 1970, justo un año después de cursar mi Licenciatura en las Universidades de Valencia y Barcelona, y allí he vivido desde entonces. Igualmente, al otro lado de los Pirineos, la Academia de Ciencias de Toulouse –ciudad vinculada con Zaragoza– me otorgó un premio en 1986 y su ceremonia resultó muy emotiva. Pero ahora, este nombramiento tan benevolente me abruma, y no puedo sino reiterarles mi profunda gratitud. Asimismo, declaro públicamente que su confianza me obliga a renovar mi esfuerzo por la Ciencia, en el intento de acercarme al nivel que alcanzan mis destacados colegas, ya sean matemáticos, físicos, químicos o naturalistas.

Presentación

Probablemente les sorprenda el título mixto de esta conferencia, que une la botánica y la cultura popular. Por eso conviene concretar que hablaré de las plantas del Pirineo, los nombres vernáculos de las especies y de sus comunidades, más los conocimientos biológicos y ecológicos que transmiten. Desde el dominio de la Ciencia he podido aproximarme a ese fondo cultural autóctono y he podido comparar ambos saberes, en su riqueza y complejidad y creo que los saberes etnobotánicos atraviesan un

momento difícil, mostrando una fragilidad comparable a la de los propios ecosistemas de montaña.

Empezaremos por justificar el tema con algunas consideraciones que nos permitan relacionar la diversidad cultural con la diversidad biológica, la información y la ecología. Pasaremos luego revista a varios aspectos concretos de nuestra biodiversidad cultural como el de los nombres vernáculos de las plantas, el de los ricos conocimientos sobre plantas medicinales y su decadencia o el de las comunidades vegetales visto desde los sinfitónimos y topónimos pirenaicos que les atañen. En ese recorrido breve, la exposición de algunos datos obtenidos a lo largo de nuestros estudios y de algunos ejemplos vividos nos permitirá pulsar ciertos matices dinámicos de esos fragmentos de nuestra cultura autóctona.

Tales consideraciones nos llevarán a destacar, para terminar, el valor patrimonial de esta biodiversidad, paralelizable con su variedad y riqueza genéticas. Así concluiremos que al no depender tanto de nuestro entorno más próximo vamos dejando de lado esos conocimientos y entonces perdemos información útil, es decir, nos aculturamos; por ese procedimiento, en suma, disminuimos nuestra capacidad de adaptación ante los cambios actuales y futuros.

Justificación del tema y agradecimientos

Al justificar el tema escogido para esta exposición académica, debo empezar diciendo que nací en Alpuente, un pueblecito serrano de Valencia, lindante con Aragón, al pie del macizo de Javalambre. Esos orígenes rurales, la cultura valenciano-aragonesa y modo de vivir que experimenté de niño, me han servido como telón de fondo en la mayoría de mis estudios, desarrollados a su vez en el mundo rural pirenaico, particularmente en los campos de la botánica y la ecología, tanto sobre el terreno como en el laboratorio.

Pero también debo añadir que siempre me han fascinado las palabras y la escritura desde que era muy joven. Así, con mi madre leíamos cualquier libro en voz alta por el gusto de oír y pronunciar frases conocidas o difíciles de entender. Luego, en la escuela, llené cuadernos escritos en redondilla o gótica y, finalmente, dentro de mi actividad científica, durante largos años he gozado escribiendo textos científicos o de divulgación, he tenido ocasión de promover o editar algunos libros y me ha tocado participar en la corrección de volúmenes –los de *Flora iberica*, por ejemplo– o tesis doctorales que suman miles de páginas.

Los biólogos y ecólogos nos afanamos por dar nombre científico a las especies y a sus comunidades, y a esos vocablos latinos o de origen griego latinizados –que pretendemos universales– asociamos ideas o conocimientos, esto es, describimos sus caracteres. Al parecer, ya decía un antiguo proverbio chino que el verdadero objetivo de la Ciencia consiste en algo tan sencillo y tan difícil como “dar a cada cosa su nombre”, lo cual, vuelto al revés, queda resumido en aquella máxima de Platón: “cuando se saben los nombres, se saben también las cosas”. En efecto, primero “vemos” el objeto, luego lo transformamos en una idea y así lo conocemos, pero para “apropiarnos” de él, distinguirlo de otros y poder transmitir sus características a nuestros semejantes le asignamos

una o varias palabras. Luego, ese objeto vivo, ya definido y nombrado sigue estudiándose y puede llegar a separarse en dos o varios, que igualmente necesitarán de nuevos nombres para su comprensión, persistencia y difusión.

Porque indudablemente la palabras dibujan y concretan la idea, o bien, como dicen los académicos de la lengua, la verdadera idea solo puede perfilarse y llegar a existir gracias a la palabra o palabras adecuadas. Suscribo, por todo ello, la luminosa circunstancia descrita por el Profesor Jiménez Lozano –distinguido el mes pasado con el Premio Cervantes de las Letras– cuando dice: “somos hijos de la palabra oída o leída e importa mucho qué clase de palabra sea”. En Ciencias Naturales la catalogación de los seres vivos requiere muchas energías; así, en botánica las confusiones entre el objeto –una especie o taxón vegetal– y sus diversos nombres, el propio que se le dio al bautizarla y los impropios que se le atribuyeron posteriormente, son bastante corrientes. De hecho, ya desde tiempos prelinneanos estamos obligados a prestar atención a los sinónimos para llegar a entendernos y evitar el llamado “ruido informativo”, o más prosaicamente, los errores en la transmisión de datos.

Confieso que vivo atrapado por las palabras y constantemente busco su significado, la información y el sentido que llevan consigo desde su nacimiento. Consulto con frecuencia los diccionarios, entre ellos el valiosísimo de Da. María Moliner, y uno de mis libros de cabecera es el de los “dardos” idiomáticos escrito por D. Fernando LÁZARO (1997). Al venir a este acto por la calle de D. Pedro Cerbuna (1538-1597), no he podido pasar por alto su nombre y apellido; en efecto, desde la pila bautismal de Fonz (Huesca), su familia ya lo relacionó con la fortaleza de una roca, fortaleza que le permitió hacerse clérigo y luego fundar esta Universidad que nos acoge, hace casi quinientos años.

Además, su apellido corresponde al nombre vernáculo de una hierba conocida en aquella alta Cuenca del Cinca como “escalopendra”, “lengua cerbuna”, “mermasangre” o simplemente “cerbuna”; se trata del helecho bautizado por Linneo como *Asplenium scolopendrium*, que durante unos años también se ha llamado *Phyllitis scolopendrium* (L.) Newman. La elegante forma de su fronde recuerda la lengua del ciervo, pero su tercer apelativo altoaragonés refleja su virtud hipotensora, para alcanzar la cual señalaban sabiamente los montañeses la dosis precisa, de 1 a 3 rayas o filas de esporangios, la preparación –infusión o cocimiento–, el tiempo de aplicación –una novena en ayunas, tanto en primavera como en otoño–, y todo ello a voluntad, de un modo preventivo o curativo. Todavía más, sabemos que era tan escasa y tan apreciada esa planta que los habitantes de Lafortunada (antes La Infortunada) llegaron a defenderla armados con arcabuces frente a los vecinos de otros pueblos... Ya ven ustedes cuántas cosas, cuántas ideas nos ha sugerido un solo apellido, en este caso originario del Pirineo.

Sea como fuere, después de varias décadas estudiando la flora y la vegetación, anotando nombres y aplicaciones de muchas especies, caracterizando pastos, prados y bosques, cartografiando los paisajes de distintos montes y valles para llegar a interpretar su dinámica, etc., me ha parecido oportuno hacer un alto en el camino, analizar datos botánicos y etnobotánicos, hurgar en la metodología seguida, esbozar algunos rasgos

fundamentales de nuestros conocimientos científicos o populares e intentar alcanzar ciertas ideas sintéticas. Hace ya tiempo me había ejercitado en una reflexión similar en torno a la formación de un herbario como banco de datos y colección científica de estudio, con motivo de unas jornadas metodológicas celebradas en el Monasterio de Piedra (VILLAR, 1990), y el año pasado, al terminar el *Atlas de la Flora del Pirineo Aragonés*, con mis colaboradores pudimos sintetizar un volumen considerable de datos (VILLAR & al., 1997-2001). Y desde luego, vivir en el Pirineo, con sus contrastes y variedad, me ha facilitado esta aproximación, porque estoy convencido de que, como nos decía el Dr. MARTÍNEZ RICA (2002) el año pasado en esta misma tribuna, “en las montañas se conservan mejor los modos de vida tradicionales y la herencia cultural del pasado”.

Para mí, hablar de plantas, de los nombres que les damos y de los conocimientos asociados resulta un tema más hondo y vigente de lo que pudiera parecer, y espero poder demostrarlo a continuación. Baste ahora transcribir las palabras del Prof. di CASTRI (2001), pronunciadas hace poco aquí en Zaragoza: “un desarrollo compatible con el medio ambiente es un desarrollo en la diversidad de los enfoques, de las culturas, de los ecosistemas”.

En el entorno multidisciplinar del Instituto Pirenaico de Ecología, los investigadores que han participado en los sucesivos equipos que he podido coordinar, estamos agradecidos a las muchas personas que nos han aportado informaciones precisas y preciosas. Nos satisface declarar públicamente el hecho de que buena parte de los conocimientos botánicos y ecológicos adquiridos se ha basado en la observación y estudio de las plantas silvestres o cultivadas, en algunos experimentos y en el análisis de unos paisajes más o menos humanizados, pero también en el acercamiento a la cultura oral o escrita de Aragón y de la Cordillera fronteriza en general.

Evidentemente, en el curso de esa aventura científica, las instituciones públicas nos han ayudado sin cesar, por lo cual hemos podido proyectar los resultados de nuestra tarea a la sociedad y sentir su calor mucho más de lo esperado. Nuestra gratitud especial a la Diputación de Huesca y su Instituto de Estudios Altoaragoneses, a los servicios de Medio Ambiente del Gobierno Autonómico, al Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón, a la Universidad de Zaragoza y al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Todos ellos, con sus medios o su interés, han permitido que libremente hayamos orientado nuestro trabajo hacia las líneas que más nos han apasionado.

“Cuando se saben los nombres,
se saben también las cosas” (Platón)

Etnobotánica o el saber popular y científico

Los conocimientos, costumbres y pensamientos cuajados en torno a unos modos de vida determinados, vienen a definir lo que entendemos por una cultura, por ejemplo la cultura ganadera de montaña, la cual, en el caso que nos ocupa, es antigua, no repara en las fronteras políticas y se puede expresar, como luego veremos, en varias lenguas. Cabe distinguirla de una civilización, pues este concepto incorpora, además, las creencias religiosas, ciencias, técnicas y artes de un grupo humano concreto, según nos enseña el Diccionario.

Trabajando largo tiempo junto al Dr. Montserrat en Jaca, quien a sus 84 años sigue pregonando con entusiasmo los equilibrios alcanzados por los paisajes rurales desde la Ecología humana, pudimos ahondar en su concepto pionero de agrobiosistemas (MONT-SERRAT & VILLAR, 1995), esos sistemas inducidos por el hombre para optimizar la producción de alimentos vegetales y animales desde los pastos densos de las cimas alpinas hasta los cerros –sajos y vales– venteados y secos del Ebro Medio, más todos los niveles intermedios. Paralelamente, llevando a cabo estudios de Etnobotánica, esto es, sobre las plantas útiles (cf. VILLAR, 1997) en el Viejo Aragón y, sobre todo, conviviendo con sus gentes, he podido apreciar muchas facetas de esa cultura agro-silvo-pastoral, ya “experimentada” en la Cordillera y sus piedemontes durante más de un milenio.

Siempre nos ha parecido fascinante ese acervo, que se ha transmitido hasta nuestros días con más luces que sombras, por la vía de varias “fablas” o modalidades lingüísticas especiales e igualmente por medio de numerosos documentos escritos. Se trata, sin lugar a dudas, de una importante fuente de conocimientos, muchos todavía vivos, otros no tanto, a los que venimos prestando atención desde hace más de veinte años y no por eso deja de admirarnos. Llevados de ese sentimiento, habíamos dedicado nuestro libro titulado *Plantas medicinales del Pirineo Aragonés* (VILLAR & al., 1987, 1992) “a todos los que creen en la cultura popular y la respetan”.

Como en cualquier otra cultura, los pobladores de nuestros montes y piedemontes han ido dando nombres vernáculos a las plantas y a sus comunidades conforme los iban conociendo, por ensayo y error, viendo cómo actuaban los herbívoros silvestres y domésticos,

etc.; por observación fueron transmitiendo los aciertos, filtrando las equivocaciones, ajustando su aprovechamiento a rutinas y guardando memoria común de todo ello. Es verdad que hasta hace cincuenta años no todos los agricultores y ganaderos sabían escribir y sólo algunos viajaban fuera de su ámbito, pero también es verdad que distinguían perfectamente unas plantas de otras por sus características más visibles, sabían evitar el perjuicio que les podían causar y, sobre todo, conocían al dedillo la utilidad que les reportaban, tanto a ellos como a sus animales; además, en la medida de lo posible, las iban domesticando, sin prisa pero sin pausa.

Asímismo, conocían palmo a palmo su terruño, en el caso de los pastores trashumantes la Montaña y la Ribera, uno de los territorios más variados de Europa, cabe añadir. Sabían dónde vivían o dónde abundaban dichas especies útiles, cómo favorecerlas año tras año y el mejor momento –a lo largo de las cuatro estaciones o a un ritmo plurianual– de cultivarlas y sacarles provecho. Sólo circunstancias excepcionales como invasiones, guerras o factores climáticos repetidamente adversos les obligaban a pasar de los usos regulares, normales, a los abusos, pero pasados esos acontecimientos se volvían a alcanzar nuevos equilibrios.

También es cierto que algunas introducciones como la patata, cultivos industriales como el lino o plagas como la filoxera de la vid alteraron profundamente el sistema y obligaban a redistribuir los espacios agroganaderos y forestales. En el Pirineo, sin embargo, no hay duda de que la época superganadera, como a veces la hemos llamado, se mantuvo, con un alto grado de estabilidad, durante siglos. Hasta que a mediados del S. XX, la guerra mundial, la mecanización agraria, la industrialización, la emigración, la apertura a mercados más amplios y otros cambios produjeron una sacudida fortísima, como si de un terremoto cultural se tratara.

Bastante más recientemente, los científicos han ido desarrollando su actividad y desde hace doscientos años el insigne Asso –quizá el introductor del sistema de Linneo en España– escribió trabajos refiriendo muchas plantas del Pirineo Aragonés; durante el S. XIX ya se sintetizó en varios volúmenes la primera obra sobre el conjunto de la Cordillera, pero tal como señalamos recientemente, hasta bien entrado en S. XX no se ha dispuesto de información detallada y precisa por el método científico sobre Botánica pirenaica (VILLAR & al., 1997-2001).

Vamos a pulsar a continuación el volumen de ambos saberes, siquiera superficialmente. Unas veces confluyen, otras resultan dispares, pero siempre admiten comparación y en muchos casos es fructífera.

Un jardín muy bien plantado: la flora y la etnoflora

Con todo lo dicho hemos ido centrando nuestro campo de estudio, señalando nuestro interés por una cultura botánica y ecológica autóctona. Pero concretemos ahora, con ayuda de algunas cifras, a dónde hemos llegado por la vía de nuestra disciplina científica en la catalogación y desbroce –nunca mejor dicho– de nuestro complejísimo objeto de atención, que son las plantas de montaña.

Durante más de 30 años, los botánicos de Jaca hemos podido coleccionar metódicamente, en el Pirineo Aragonés, más de 2500 especies de vegetales superiores que consi-

deramos espontáneas o subespontáneas; son pteridófitos –helechos y plantas afines que se reproducen por esporas– y fanerógamas, cuyos órganos reproductivos son las flores. Todas ellas se agrupan en 799 géneros y éstos, a su vez, en 145 familias botánicas, entre las más ricas en especies sobresalen Compuestas, Gramíneas, Leguminosas, Crucíferas y Rosáceas. En nuestra reciente obra se comentan e ilustran todas ellas a lo largo de más de 1500 páginas (VILLAR & al., 1997-2001). Verdaderamente componen un jardín muy abigarrado, pero no crean Vds. que ya hemos agotado el tema, pues los hallazgos siguen y aparte quedan las criptógamas no vasculares, o sea, los musgos, las algas, los hongos y demás plantas relacionadas.

Si a las 2500 plantas o unidades taxonómicas anotadas con sus nombres genéricos y apellidos específicos añadiéramos los sinónimos a que al principio nos referíamos, nos acercaríamos a los 3000 binómenes, número aproximado y fácil de recordar. Esas son las dimensiones de nuestra flora, uno de nuestros recursos naturales más próximos y más pródigos. A él nos hemos ido acercando científicamente y en equipo, al formar el Herbario JACA, nuestra colección pública de muestras para estudio, siempre siguiendo las normas marcadas por el Código Internacional de Nomenclatura Botánica vigente.

Comparativamente, ese fondo florístico supone algo más de 2/3 de la cantidad total que corresponde a la Cordillera fronteriza –estimada en 3500 especies– y casi 1/3 de las no menos de 8000 especies que se conocen en el territorio ibérico, entendido como España peninsular, Portugal y Baleares. El número de nuestros helechos se eleva a 58 (2,1%), todos son herbáceos y se conocen con el nombre genérico de “felces”; el resto de las plantas de nuestro jardín pirenaico lo componen abundantísimas hierbas, bastantes matas o arbustos y no muchos árboles, a pesar de lo que estos últimos nos impresionan por su dominancia en valles y laderas. Es indudable que para un territorio de tamaño mediano como el Pirineo Aragonés, de unos 150 Km de largo por 90 Km de ancho (c. 13.800 km²), se trata de un conjunto muy variopinto, pues un 3% del territorio peninsular alberga el 30% de su flora. Retengamos la doble imagen siguiente:

- 1) cualquier valle pirenaico-central alberga un millar de plantas con flores, en números redondos
- 2) un espacio tan emblemático como el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, o sea, un macizo y 4 valles, se acerca a las 1400.

Una vez confirmado que las flores del Pirineo son muchas y muy variadas, hablemos ahora de un fragmento significativo, el que podríamos llamar nuestro jardín etnobotánico, formado por aquellos vegetales mayormente autóctonos que tienen nombre vernáculo y se conocen por sus múltiples usos. Si los estudiáramos en el ámbito de una rama concreta de la Ciencia, la Etnobotánica (VILLAR, 1997), llamada en lengua inglesa “Economic Botany” –ya se sabe que la mentalidad anglosajona es más práctica–, podríamos llegar a completar la Etnoflora. De hecho, los primeros pasos para ella los estamos dando al preparar el “Catálogo de la Etnoflora ibérica”, proyecto en el que varios equipos de Portugal y España, bajo los auspicios de nuestro Ministerio de Medio Ambiente, acopiamos y ordenamos esa información botánica y cultural. Es un dominio en el que los conocimientos científicos y los populares se rozan y se enriquecen mutuamente y, si nos

detenemos a pensarlo, no son más que dos facetas de nuestra cultura humana que conviene abordar desde las Ciencias Naturales, desde las Humanidades o, mejor aún, formando equipos multidisciplinares (VILLAR, 1998).

Pero tanteemos nuestra Etnobotánica en cifras. En una primera aproximación, el Pirineo central alberga más de 600 especies útiles en general, ya sean medicinales o veterinarias, tóxicas, alimentarias, industriales y artesanales, melíferas, fumatorias, ornamentales, usadas en ritos, fiestas o juegos, en el manejo agro-silvo-pastoral o en muy diversas necesidades. Aparte de ellas, se han cultivado por lo menos 200 plantas que, viniendo de otros territorios, se han mostrado beneficiosas para el hombre altoaragonés, sobre todo en el dominio estrictamente agronómico, dominio en el que también se atiende a las malas hierbas.

Para el Pirineo central francés, al otro lado de la frontera, en el libro ya clásico de SÉGUY (1953), publicado por mi propio Instituto, se recogen y estudian los nombres populares de 477 especies, número algo menor pero del todo comparable a los nuestros. Y para la limítrofe comarca del Cinca Medio –entre Olvena, la Carrodilla y Alfántega– FERRÁNDEZ & SANZ (1993) dieron a conocer 706 nombres aplicados a 466 especies. Como es lógico, en el conjunto de Aragón aún aumentaríamos esa nómina –relación de nombres, qué acepción más bonita– de plantas conocidas por su utilidad, de suerte que nuestra región llegaría a las 1000 especies –otra cifra redonda– y dispondría, en consecuencia, de recursos naturales etnobotánicos tan importantes como la vecina Cataluña, recursos equiparables incluso a un país como Portugal¹.

Paralelamente, hecho el recuento de las especies bautizadas por las gentes del Pirineo Aragonés, de nuestros trabajos ya citados se desprende que son aproximadamente 670. Tienen uno o varios nombres vernáculos, expresados en el aragonés pirenaico con sus distintas “fablas” o dialectos locales. Ahora bien, no pocas de esas especies –y otras diferentes– también se conocen por sus nombres en lengua castellana o por otros relacionados con los dominios lingüísticos que nos circundan, concretamente catalán, vasco y francés. Así, entre unos y otros hemos podido reunir –para el grupo de las 600+200 especies aludidas en el párrafo anterior– nada menos que 2518 nombres populares de plantas, cuya lista alfabética dimos a conocer recientemente (VILLAR & al., 1997-2001).

Sin duda, se trata de una cifra elevada que consideramos el exponente de una cultura riquísima en la materia vegetal, de un mundo etnobotánico complejo y con solera (Véase Tabla 1). A título comparativo, digamos que la primera recopilación para España relativa a plantas útiles (FERNÁNDEZ LÓPEZ & al., 1996) alcanzó 1700 especies y el reciente repertorio llevado a cabo por MORALES y otros (1996) para el ámbito ibérico, recopilando los nombres de unas 60 obras en siete lenguas –español, catalán, euskera, gallego, mallorquín, portugués y valenciano– aportó 26.500 apelativos populares; éstos se han aplicado o se aplican a cerca de 4000 especies distintas, entre ellas buena parte de las autóctonas altoaragonesas.

¹ Me complace anotar que Bernardo Cienfuegos (c. 1580-c. 1640), ilustre aragonés oriundo de Tarazona, coetáneo de D. Pedro Cerbuna, fue precursor de estos saberes en el lejano S. XVII. Asso se refirió a los gruesos volúmenes que había escrito sobre el tema; pero sus manuscritos quedaron inéditos, se conservan en la Biblioteca Nacional y solo recientemente han merecido un estudio (BLANCO & al., 1994).

Tabla 1. Flora y etnoflora del Pirineo Aragonés en cifras.

Número de taxones espontáneos y subespontáneos a nivel de especie (excluidas microespecies de géneros apomícticos)	2.519
Número de taxones espontáneos y subespontáneos a nivel de subespecie (excluidas microespecies de géneros apomícticos)	2.765
Pteridófitos	58
Gimnospermas	20
Angiospermas	2.687 (2132 dicotiledóneas y 555 monocotiledóneas)
Plantas útiles (según estimación propia)	800
Plantas bautizadas con nombres vernáculos altoaragoneses	c. 670
Número de nombres populares, vernáculos + castellanos	2.518

Como es natural, hay un buen grupo de especies a las que no se presta atención; podríamos compararlas a los setos y árboles de un jardín bien establecido, pues forman el decorado fijo en que nuestra mirada se detiene poco. En cambio, a las que resultan de interés sencillo o múltiple se les bautiza una y otra vez con diferentes nombres o distintas variantes indicadoras de riquísimos matices; no son muy raras, ciertamente, las plantas que sobrepasan los diez apelativos y algunas muy escogidas pueden llegar hasta veinte. Todas ellas formarían cuidadísimos parterres en nuestro imaginario jardín etnobotánico pirenaico, donde apenas admitiríamos malas hierbas y los cuales renovaríamos estación tras estación.

Tabla 2. Las cinco plantas más diversamente nombradas del Alto Aragón.

<p>Arctostaphylos uva-ursi (L.) Spreng.: <i>Bijolera, buchareda, bucharela, buchareta, bucharguala, buchargüelo, bucharral, bucharuala, bucharuelo, buchareta, buixereta, buixerola, buixilina, buixina, buixirina, buxalina, buxerola, buxeta, farigola, grisirola, grisirolera, hembra de boj, manzanetas de Manuel, manzanetas de pastor, modrollo rastrero, muserola, porronetes</i> (flor) (27 apelativos, Figura 1)</p> <p>Crataegus monogyna Jacq.: <i>Arañón blanco, arto, arto blanco, arto marino, arto motillone-ro, arto venenoso, arto de manzaneta, barcero de manzaneta, cachimirón, cachimironero, espinabla, espinula, espino, espino albar, gorillón, guachamironero, gurillón, manzanetas, manzanetas de Manuel, manzanetas de pastor, manzanetas de San Juan, mataplollero, pepidera, pipidera</i>. (24). Figura 2</p> <p>Fraxinus excelsior L.: <i>Flaichí, flaxino, fleixín, frachín, frachino, fragino, fraichín, fraix, fraixín, fraixino, frajen, frajín, frasín, fraxino, frasno, fraxino, fraxino, fraxinu, freis, freixal, freixe, fréixel, freixín</i>. (23). Figura 3</p> <p>Helleborus foetidus L.: <i>Culebrera, chibuerro, chiguarro, chigüerre, chigüerrio, chugurre, flor de bruja, ichigüerro, ichar ruego, ixar ruego, malcusit, marcusins, matapullo, matarruego, oliarca, pan de broxas, pan de culebra, planta de las brujas, planta del veneno, pixacán, tetas de bruja, zatre, zetre</i>. (23). Figura 4</p> <p>Gén. Chondrilla (3 nombres) y Taraxacum (los demás, Figura 5): <i>Achicoria amarga, camarroja, carnabol, carnagüello, carnalón, carnaluelo, carnarol, carnerotes, carnibuelo, carnigüello, carramocha, carrigüelos, chicoína, chicoira, chicoria, chicota, codeta de gato, encarnagüell, encarnagüello, encarnarol, lengua de pajarito, moscallonera, perdigón, perdigons, picadetas, pichaperros, pixacama, pixatina, ramos del diablo, sopetas, xicoya</i> y los castellanos “diente de león” o “meacamas”. (33 nombres en total)</p>

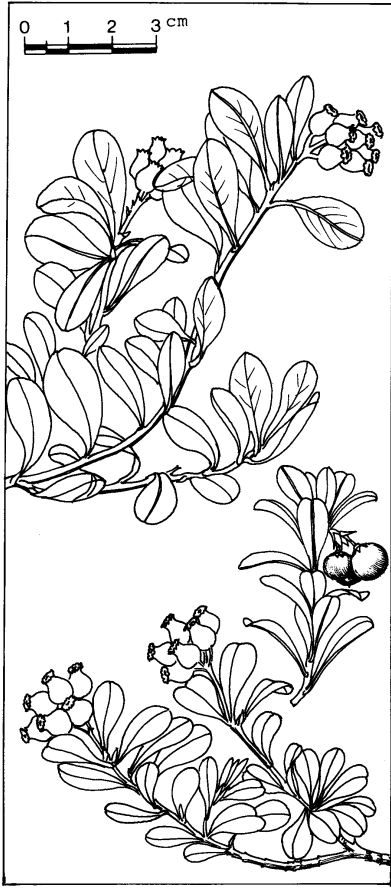


Figura 1. *Arctostaphylos uva-ursi* (L.) Spreng.
Dib. M. Saule.



Figura 2. *Crataegus monogyna* Jacq.
Dib. M. Saule.

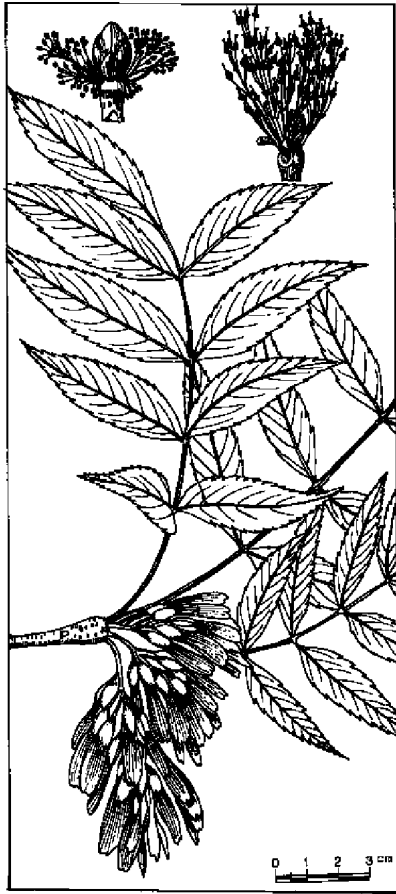


Figura 3. *Fraxinus excelsior* L.
Dib. M. Saule.



Figura 4. *Helleborus foetidus* L.
Dib. M. Saule.

De las cifras antedichas se deduce que, en el conjunto de nuestro territorio, entre 3 y 4 nombres vernáculos se atribuyen a cada una de las especies distinguidas o bautizadas en la botánica popular; sin embargo, eso no es más que un promedio fácilmente sobrepasado. Destaquemos como ejemplo en la Tabla 2 el nombre científico y los populares atribuidos a las cinco especies más profusamente apellidadas. Se trata de una planta tendida, siempreverde, colonizadora de taludes, con flores muy tempranas, usada como diurética, etc., la “buchareta” o gayuba, seguida de una leñosa útil, benéfica y vulnerante, el espino albar, de una herbácea tóxica, el “chigüerrio” (heléboro), y de un árbol muy significado en la vida ganadera, el “frasno” o “fragino”. Y todo ello sin olvidar los 31 nombres de las flores más llamativas de primavera, que son comestibles y que genéricamente –no importa la especie, hay muchas agrupadas en *Taraxacum* y *Chondrilla*– se llaman “chicoias”, “meacamas”, “carnaruelos”, etc.

Nombres concretos, con numerosos matices, o genéricos

Se trata de nombres preciosos cuyo análisis desborda el marco de esta conferencia y que me gustaría desarrollar en colaboración con especialistas en Lingüística, pero permítanme introducir algunos comentarios ilustrativos.

En primer lugar, muchos apelativos nos cautivan por su expresividad; son esas voces rotundas que lo dicen todo, fundiendo en una sola palabra muchas veces el verbo y el objeto de la acción que éste define. Así ocurre con la “zapatera” o “emborrachacabras” (*Coriaria myrtifolia* L., de riberas fluviales), lo primero nos indica que se empleó como curtiente de las industrias de la piel –hasta hace medio siglo– y también que atonta a las cabras que la ramonean (como es un arbusto, interesa poco a las ovejas); pero ningún pastor lo confundirá con el “matacabras”, igualmente un arbustillo (*Daphne mezereum* L.), esta vez más tóxico y de las estivas o claros forestales.

El “espantarratones” o “trompetillas” (*Datura stramonium* L.), es una solanácea que por su fuerte olor repele a los roedores y a ese fin se ponía un trozo en los “repostes” o despensas, mientras que su segundo calificativo alude a la forma de sus flores tubulares, amarillas; pero aunque sea de la misma familia y “pueda embrujar” no cabe confundirla con el “matarratas” (*Hyoscyamus niger* L.), que también huele y se conoce como “hierba de locos”.

“Quitameriendas”, “escusameriendas”, “espantapastors”, “espantaveraneantes” o “mataborregos” son las cuatro voces compuestas que se aplican a *Merendera montana* (L.) Lange, y vienen a recordar cómo florece cuando ya acorta el día, no hay tiempo para



Figura 5. *Taraxacum officinale* Weber
Dib. M. Saule.

la comida de media tarde y al menguar la producción de hierba –es planta de pastos pisoteados– llega el momento de sacrificar parte del ganado. Justo unos días más tarde se atreve a florecer el “engañapastores” o azafrán silvestre de otoño (*Crocus nudiflorus* Sm.), que podría hacernos pensar falsamente en la renovación tardía del pasto.

Por su parte, el nombre de la “hierba cerruda” (*Pulmonaria affinis* Jord.) da fe no solo de su naturaleza herbácea sino también de lo áspera que resulta al tacto, no en vano pertenece a la misma familia que las borrajas. *Potentilla erecta* (L.) Rätisch. (Rosáceas), conocida como “floreteas amarillas de puerto”, señala abundancia, sugiere tamaño reducido, color y ecología, pues aparecen sus numerosos pies tendidos por el césped denso (la “tasca”), en los pastos altos.

Los “felces de las rallas”, esto es, helechos de los salientes o hendiduras rocosas (*Polypodium vulgare* L.) son casi exclusivos de esos ambientes, tanto como las tiernas “hierbas de los aguachales” se reducen a terrenos húmedos (*Cardamine raphanifolia* Pourret, Crucíferas), terrenos en los que también vive la “hierba del manantial” o “del mal de tripas” [*Pulycaria dysenterica* (L.) Bernh.], o la “flor de las fuentes” (*Pinguicula grandiflora* Lam.), una de nuestras atrapamoscas o grasillas, a distinguir de la “hierba de las cequias” (*Lysimachia vulgaris* L.), etc.

Como era de esperar, a usos muy extendidos o generales corresponden nombres genéricos que agrupan a distintas especies con idénticas o parecidas funciones; es un ejemplo de que la Taxonomía vegetal ya estaba descubierta por el lado popular antes de que por el lado científico se le haya dado contenido teórico y experimental y cierta universalidad. Así por ejemplo, con los nombres de “barrazeras”, “escobizos” u “ontinas” se conocen muy distintas especies que sirven para barrer o escobar, desde el “albar” (*Betula pendula* Roth, etc., los abedules), con sus ramas flexibles, hasta dos matas de la familia de las compuestas que se arrancan enteras y cuya raíz sirve de mango: la *Santolina chamaecyparissus* L., manzanilla u “ontina de cabeceta”, y la que huele aún más bien u “ontina de olor”, o sea, la *Artemisia herba-alba* Asso. También cabe añadir una gramínea que se ata en forma de manojo [*Molinia coerulea* (L.) Moench], la “ontineta” o “bocha de tabaco de pobre” (*Artemisia campestris* L.) y, sobre todo, la leguminosa *Dorycnium pentaphyllum* Scop., conocida como “escobizo” pero también como “bocha” (escoba) o “bocha basta” en la raya de Cataluña.

Por otra parte, ante tanta variedad, habremos de estar atentos y aguzar el oído para evitar confusiones. Porque no es lo mismo el “sarrón” o “sarrión” (*Chenopodium bonus-henricus* L.), conocida planta comestible de las “mallatas” y cubilares, que el “sarranchón” [*Sorghum halepense* (L.) Pers.], mala hierba de viñas o campos de poca altitud y abrigados, famosa por su toxicidad para el ganado. Asimismo, la “yerba de las tres hojas” no es uno de tantos tréboles o “teflas” (gén. *Trifolium*, leguminosas), como a primera vista pudiera parecer, sino el laserpicio (*Laserpitium siler* L., una umbelífera).

Así podríamos seguir largo y tendido con estos comentarios llenos de ecología, botánica y conocimientos útiles. Pero conviene ir cerrando este capítulo de los nombres vulgares y lo haremos con el surtidísimo ramillete de las 166 “herbas”, hierbas y yerbas que los altoaragoneses identifican añadiendo a esa voz –relativa al porte– uno o varios ape-

lidos (Véase Tabla 3). Comprobaremos que –bien mirado– ninguna de ellas tiene nombre gratuito, sino que minuciosamente alude a una forma concreta, enfermedad, uso, ambiente, procedencia, efectos que produce, etc. Semejante letanía nos llevaría a decir que hay una hierba para cada cosa o que cada hierba tiene su sitio en el universo cultural de los montañeses.

Tabla 3. Ramillete de las diferentes “herbas”, hierbas y yerbas del Alto Aragón.

<p> Hierba amarga (<i>Saxifraga fragilis</i> Schrank subsp. <i>fragilis</i> = <i>S. corbariensis</i> Timb.-Lagr.) Hierba d' Alcaná (<i>Hyssopus officinalis</i> L. subsp. <i>officinalis</i>) Hierba de canudet (<i>Equisetum ramosissimum</i> Desf. = <i>E. campanulatum</i> Poirét) Hierba de cherrinas de gat (<i>Lonicera etrusca</i> G. Santi) Hierba pegalosa macho (<i>Rubia tinctorum</i> L.) Hierba rasera (<i>Centaurea aspera</i> L. subsp. <i>aspera</i>) Hierba amarga (<i>Polygala rupestris</i> Pourret subsp. <i>rupestris</i>) Hierba buena [<i>Menta longifolia</i> (L.) Huds. = <i>M. sylvestris</i> L. y <i>Menta spicata</i> L. = <i>M. viridis</i> L.] Hierba cupido (<i>Catananche caerulea</i> L.) Hierba de la esquiancia (<i>Asperula cynanchica</i> L. subsp. <i>brachysiphon</i> O. de Bolòs & Vigo = <i>A. brachysiphon</i> L.) Hierba de la garganta (<i>Sanguisorba minor</i> Scop.) Hierba de la purga (<i>Euphorbia lathyris</i> L.) Hierba de la sangre (<i>Hypericum perforatum</i> L. subsp. <i>perforatum</i>) Hierba de las siete sangrías [<i>Lithodora fruticosa</i> (L.) Griseb. = <i>Lithospermum fruticosum</i> L.] Hierba de los aguachales [<i>Cardamine raphanifolia</i> Pourret = <i>C. latifolia</i> Vahl = <i>C. pyrenaica</i> (L.) Rothm. subsp. <i>raphanifolia</i> = <i>Sisymbrium pyrenaicum</i> L.] Hierba de San Cristóbal (<i>Actaea spicata</i> L.) Hierba de San Roberto (<i>Geranium robertianum</i> L.) Hierba del diablo [<i>Ecballium elaterium</i> (L.) A. Rich. subsp. <i>elaterium</i>] Hierba del viento (<i>Phlomis herba-venti</i> L.) Hierba estornutatoria (<i>Achillea ptarmica</i> L. subsp. <i>pyrenaica</i> Sibth. ex Godr.) Hierba estrellada [<i>Alchemilla xanthochlora</i> Rothm. = <i>A. vulgaris</i> L. subsp. <i>xanthochlora</i> (Rothm.) O. Bolòs & Vigo] Hierba fontanaliza [<i>Molinia caerulea</i> (L.) Moench = <i>Aira caerulea</i> L.] Hierba lagrimerá [<i>Polygonatum odoratum</i> (Mill.) Druce = <i>P. officinale</i> All., <i>P. vulgare</i> Desf.] Hierba lechera (<i>Euphorbia serrata</i> L.) Hierba loca (<i>Conium maculatum</i> L.) Hierba negra (<i>Psoralea bituminosa</i> L. = <i>Bituminaria bituminosa</i> L.) Hierba pastel (<i>Isatis tinctoria</i> L. subsp. <i>tinctoria</i> = <i>I. canescens</i> DC.) Hierba pincel (<i>Stachelina dubia</i> L.) Hierba topera (<i>Euphorbia characias</i> L. subsp. <i>characias</i>) Hierbajulia (<i>Achillea ageratum</i> L.) Yerba agostera (<i>Sanicula europaea</i> L.) Yerba aladera (<i>Artemisia campestris</i> L.) Yerba algodónera (<i>Eriophorum angustifolium</i> Honckeny y <i>E. latifolium</i> Hoppe) Yerba áspera (<i>Rubia peregrina</i> L. subsp. <i>peregrina</i> = <i>R. angustifolia</i> auct., non L.) Yerba bancera (<i>Aristolochia pistolochia</i> L.) Yerba besc (<i>Andryala ragusina</i> L. = <i>A. lyrata</i> Pourret.) </p>
--

Yerba besquera (*Andryala ragusina* L. = *A. lyrata* Pourret)
 Yerba buena [*Menta longifolia* (L.) Huds. = *M. sylvestris* L.]
 Yerba buena basta [*Menta longifolia* (L.) Huds. = *M. sylvestris* L.]
 Yerba cabezona [*Pulicaria dysenterica* (L.) Bernh. subsp. *dysenterica* = *Inula dysenterica* L. y *Achillea ageratum* L.]
 Yerba cabezuda (*Achillea millefolium* L. subsp. *millefolium*)
 Yerba callera [*Hylotelephium maximum* (L.) Holub = *Sedum telephium* L. subsp. *maximum* (L.) Schinz & Thell. e *Hylotelephium telephium* (L.) H. Ohba = *Sedum telephium* L., *Sedum telephium* L. subsp. *fabaria* auct. iber.]
 Yerba cana (*Senecio vulgaris* L.)
 Yerba capitana (*Salsola kali* L. subsp. *kali*)
 Yerba capuchina [*Clinopodium vulgare* L. = *Calamintha clinopodium* Benth., *C. vulgaris* (L.) Halácsy y *Satureja vulgaris* (L.) Fritsch]
 Yerba carruchera (*Xanthium strumarium* L. subsp. *strumarium*) y [*X. echinatum* Murray subsp. *italicum* (Moretti) O. De Bolòs & Vigo = *X. strumarium* L. subsp. *italicum* (Moretti) D. Löve, *X. italicum* Moretti]
 Yerba cerruda [*Echium vulgare* L. subsp. *vulgare*, *Pulmonaria affinis* Jord. y *Ramonda myconi* (L.) Rchb.]
 Yerba coliquera [*Micromeria fruticosa* (L.) Druce = *M. marifolia* (Cav.) Benth., *Satureja fruticosa* (L.) Béguinot]
 Yerba conejera (*Senecio vulgaris* L.) y [*Scorzonera laciniata* L. = *Podospermum laciniatum* (L.) DC.]
 Yerba consuela (*Saxifraga fragilis* Schrank subsp. *fragilis* = *S. corbariensis* Timb.-Lagr.)
 Yerba cornuda [*Coronilla scorpioides* (L.) Koch y *Heliotropium europaeum* L.]
 Yerba cresta (*Euphrasia hirtella* Jord. ex Reut.)
 Yerba cruixidera [*Silene vulgaris* (Moench) Garcke = *S. inflata* Sm.]
 Yerba culiquera [*Micromeria fruticosa* (L.) Druce = *M. marifolia* (Cav.) Benth., *Satureja fruticosa* (L.) Béguinot]
 Yerba culliquera (*Teucrium gr. polium* L.)
 Yerba d'as furicadas (*Pinguicula vulgaris* L.)
 Yerba de agua (*Adiantum capillus-veneris* L.)
 Yerba de broxas [*Carlina acanthifolia* All. subsp. *cynara* (Pourret ex Duby) Rouy = *C. cynara* Pourret ex Duby]
 Yerba de cabezeta (*Plantago lagopus* L.)
 Yerba de corto (*Achillea millefolium* L. subsp. *millefolium*)
 Yerba de la cascadura [*Cymbalaria muralis* Gaertn., B. Meyer & Schreb. subsp. *muralis* = *Linaria cymbalaria* (L.) Mill.]
 Yerba de la falz (*Achillea millefolium* L. subsp. *millefolium*)
 Yerba de la hidropesía (*Ranunculus bulbosus* L.)
 Yerba de la iel [*Centaureum erythraea* Rafn. subsp. *erythraea* = *Erythraea centaurium* (L.) Pers., *E. major* Hoffmanns.]
 Yerba de la matriquera (*Genista hispanica* L.)
 Yerba de la sangre (*Lysimachia vulgaris* L.)
 Yerba de las andaderas (*Ligustrum vulgare* L.)
 Yerba de las brujas (*Euphorbia serrata* L.)
 Yerba de las cardelinas (*Senecio vulgaris* L.)
 Yerba de las güebras [*Anagallis arvensis* L. = *A. arvensis* subsp. *latifolia* (L.) Arcang., *A. caerulea* L., *A. latifolia* L.] y [*Anagallis foemina* Mill. = *A. arvensis* subsp. *foemina* (Mill.) Schinz & Thell., *A. caerulea* sensu Willk. p. p., *A. repens* sensu Willk. p. p.].

Yerba de las piedras (*Silene saxifraga* L. y *Globularia repens* Lam. =*G. nana* Lam.)
 Yerba de las ruinas (*Parietaria judaica* L. =*P. diffusa* Mert. & W.D. J. Koch)
 Yerba de las tres hojas (*Laserpitium siler* L. subsp. *siler* = *Siler montanum* Crantz)
 Yerba de las tripas (*Lythrum salicaria* L., *Teucrium* gr. *polium* L. y *Satureja montana* L. subsp. *montana*)
 Yerba de las ulzeras (*Coris monspeliensis* L. subsp. *monspeliensis*)
 Yerba de las zequias (*Lysimachia vulgaris* L. y *Valeriana pyrenaica* L.)
 Yerba de las zinco benas (*Plantago lanceolata* L.)
 Yerba de locos (*Hyosciamus niger* L. y *H. albus* L.)
 Yerba de los aguachales (*Alisma plantago-aquatica* L.)
 Yerba de los aguachals (*Valeriana pyrenaica* L.)
 Yerba de los callejones [*Stellaria media* (L.) Vill.]
 Yerba de los callos [*Hylotelephium maximum* (L.) Holub =*Sedum telephium* L. subsp. *maximum* (L.) Schinz & Thell.] e [*Hylotelephium telephium* (L.) H. Ohba =*Sedumtelephium* L., *Sedum telephium* L. subsp. *fabaria* auct. iber.]
 Yerba de los caminos [*Melilotus officinalis* (L.) Pallas = *M. arvensis* Wallr.]
 Yerba de los gatos (*Nepeta tuberosa* L. subsp. *reticulata* (Desf.) Maire =*N. reticulata* Desf.)
 Yerba de los ribazos (*Verbena officinalis* L.)
 Yerba de los rincones [*Stellaria media* (L.) Vill.]
 Yerba de marguin (*Achillea millefolium* L. subsp. *millefolium*)
 Yerba de mil flores [*Centranthus ruber* (L.) DC. subsp. *ruber* = *C. anselmi* Sennen y *Centranthus angustifolius* (Mill.) DC. subsp. *lecoqii* (Jord.) Braun-Blanq. = *C. angustifolius* auct., non (Mill.) DC.]
 Yerba de pastor [*Dorycnium hirsutum* (L.) Ser. =*Bonjeania hirsuta* L.]
 Yerba de San Antonio (*Epilobium hirsutum* L.)
 Yerba de San Juan (*Hypericum perforatum* L. subsp. *perforatum*)
 Yerba de Santa María (*Tanacetum balsamita* L. = *Balsamita major* Desf., *Chrysanthemum balsamita* auct.)
 Yerba de Santiago (*Senecio jacobaea* L.)
 Yerba de todo el año (*Sempervivum tectorum* L. subsp. *tectorum*)
 Yerba del amor [*Coronilla scorpioides* (L.) Koch]
 Yerba del coliquillo [*Asteriscus spinosus* (L.) Schultz Bip. subsp. *spinosus* =*Pallenisspinosa* (L.) Cass.]
 Yerba del diablo (*Hieracium* gr. *murorum* L.)
 Yerba del mal de tripas (*Asperula cynanchica* L. subsp. *brachysiphon* O. de Bolòs & Vigo = *A. brachysiphon* L.)
 Yerba del manantial [*Pulicaria dysenterica* (L.) Bernh. subsp. *dysenterica* = *Inula dysenterica* L.]
 Yerba del pobre (*Valerianella* spp.)
 Yerba del riñón [*Amelanchier ovalis* Medicus subsp. *ovalis* =*A. vulgaris* Moench, *A. rotundifolia* (Lam.) Dum.-Cours., *Calluna vulgaris* (L.) Hull = *Erica vulgaris* L. y *Cynoglossum creticum* Mill. = *C. pictum* Aiton]
 Yerba del tallo (*Achillea millefolium* L. subsp. *millefolium*)
 Yerba desenmarinadera (*Senecio jacobaea* L.)
 Yerba desinflamatoria (*Hypericum perforatum* L. subsp. *perforatum*)
 Yerba dibiesera [*Anagallis arvensis* L. = *A. arvensis* subsp. *latifolia* (L.) Arcang., *A. caerulea* L., *A. latifolia* L. y *A. foemina* Mill. = *A. arvensis* subsp. *foemina* (Mill.) Schinz & Thell., *A. caerulea* sensu Willk. p.p., *A. repens* sensu Willk., p.p.]
 Yerba doncella (*Vinca minor* L. y *Vinca major* L.)

Yerba enrejona [*Asperula pyrenaica* L. = *A. cynanchica* L. subsp. *pyrenaica* (L.) Nyman]
 Yerba estrellada [*Alchemilla* spp. y *Galium odoratum* (L.) Scop. = *Asperula odorata* L.]
 Yerba femera (*Portulaca oleracea* L. subsp. *oleracea*)
 Yerba fina (*Agrostis capillaris* L. = *A. tenuis* Sibth., *A. vulgaris* With.)
 Yerba formental [*Arrhenatherum elatius* (L.) Beauv. ex J. & C. Presl.]
 Yerba fría (*Sanicula europaea* L.)
 Yerba gallinera [*Stellaria media* (L.) Vill.]
 Yerba gatera (*Polygala rupestris* Pourret subsp. *rupestris*, *Teucrium pyrenaicum* L. subsp. *gaurensis* P. Monts. = *T. pyrenaicum* var. *catalaunicum* Sennen y *Nepeta cataria* L.)
 Yerba gigante (*Verbascum thapsus* L. subsp. *montanum* (Schrad.) Bonnier & Layens]
 Yerba gorodada (*Hypericum perforatum* L. subsp. *perforatum*)
 Yerba granada (*Lithospermum officinale* L.)
 Yerba jabonera [*Verbascum thapsus* L. subsp. *montanum* (Schrad.) Bonnier & Layens]
 Yerba lachanera (*Lythrum salicaria* L.)
 Yerba lagartera [*Setaria verticillata* (L.) Beauv.]
 Yerba lancera (*Ceterach officinarum* Willd. subsp. *officinarum* = *Asplenium ceterach* L.)
 Yerba lloca (*Hyoscyamus albus* L.)
 Yerba loca (*Hyoscyamus niger* L. y *H. albus* L.)
 Yerba lombriguera (*Tanacetum vulgare* L.)
 Yerba mala [*Chenopodium album* L., *Xanthium strumarium* L. subsp. *strumarium* y *X. echinatum* Murray subsp. *italicum* (Moretti) O. De Bolòs & Vigo = *X. strumarium* L. subsp. *italicum* (Moretti) D. Löve, *X. italicum* Moretti]
 Yerba mala de trigo [*Agrostema githago* L. = *Lychnis githago* (L.) Scop.]
 Yerba mataconejos (*Solanum dulcamara* L.)
 Yerba meadera (*Adiantum capillus-veneris* L.)
 Yerba meona (*Daucus carota* L. subsp. *carota*)
 Yerba mosquera (*Daucus carota* L. subsp. *carota*)
 Yerba negra (*Euphorbia helioscopia* L., *Heliotropium europaeum* L., *Solanum nigrum* L., *Globularia vulgaris* L. subsp. *vulgaris* y *G. repens* Lam. = *G. nana* Lam.)
 Yerba negrera [*Agrostema githago* L. = *Lychnis githago* (L.) Scop.]
 Yerba nudosa (*Polygonum aviculare* L. y *P. arenastrum* Boreau = *P. aviculare* var. *depressum* Meissner)
 Yerba nugada (*Equisetum ramosissimum* Desf. = *E. campanulatum* Poiret)
 Yerba ojera (*Centaurea scabiosa* L. subsp. *scabiosa* = *C. cephalariifolia* Willk.) y *C. jacea* L. = *C. amara* L. p. p.)
 Yerba pajera [*Anagallis arvensis* L. = *A. arvensis* subsp. *latifolia* (L.) Arcang., *A. caerulea* L., *A. latifolia* L. y *A. foemina* Mill. = *A. arvensis* subsp. *foemina* (Mill.) Schinz & Thell., *A. caerulea* sensu Willk., p. p., *A. repens* sensu Willk., p.p.]
 Yerba pedreguera (*Plantago sempervirens* Crantz = *P. cynops* auct. subsp. *sempervirens*)
 Yerba pegajosa (*Saxifraga fragilis* Schrank subsp. *fragilis* = *S. corbariensis* Timb.-Lagr. y *Parietaria judaica* L. = *P. diffusa* Mert. & W.D. J. Koch)
 Yerba perdiguera (*Stachys recta* L. subsp. *recta*)
 Yerba pichadera (*Fumaria officinalis* L. subsp. *officinalis*)
 Yerba pico (*Senecio jacobaea* L.)
 Yerba purgante (*Achillea millefolium* L. subsp. *millefolium*)
 Yerba rasa [*Antennaria dioica* (L.) Gaertn.]
 Yerba raspera (*Tordylium maximum* L.)
 Yerba raspona (*Onosma tricerosperma* L.)

Yerba rastrera (<i>Polygonum aviculare</i> L. y <i>P. arenastrum</i> Boreau = <i>P. aviculare</i> var. <i>depressum</i> Meissner)
Yerba ratonera (<i>Datura stramonium</i> L.)
Yerba restañera (<i>Equisetum ramosissimum</i> Desf. = <i>E. campanulatum</i> Poiret)
Yerba risada [<i>Stipa iberica</i> Martinovsky subsp. <i>iberica</i> = <i>S. pennata</i> L. subsp. <i>iberica</i> (Martinovsky) O. de Bolòs, R. M. Masalles & J. Vigo y <i>S. eriocalis</i> Borbás].
Yerba rosa (<i>Centaurea jacea</i> L. = <i>C. amara</i> L. p. p.)
Yerba sangre [<i>Polypodium cambricum</i> L. subsp. <i>cambricum</i> = <i>P. australe</i> Fée, <i>P. serratum</i> (Willd.) A. Kerner, <i>P. vulgare</i> auct., non L.]
Yerba sanguinera [<i>Paronychia papela</i> (Hacq.) A. Kerner subsp. <i>serpillifolia</i> (Chaix) Graebn.]
Yerba sanjuanera (<i>Hypericum perforatum</i> L. subsp. <i>perforatum</i>)
Yerba sembradera (<i>Colchicum autumnale</i> L.)
Yerba senzilla (<i>Valerianella</i> spp.)
Yerba sillera [<i>Fumana ericoides</i> (Cav.) Gand. = <i>Cistus ericoides</i> Cav., <i>F. spachii</i> auct.]
Yerba soldadora (<i>Coris monspeliensis</i> L. subsp. <i>monspeliensis</i>)
Yerba terrera (<i>Polygonum aviculare</i> L. y <i>P. arenastrum</i> Boreau = <i>P. aviculare</i> var. <i>depressum</i> Meissner)
Yerba tiñosa [<i>Pulmonaria affinis</i> Jord., <i>P. longifolia</i> (Bast.) Boreau. subsp. <i>longifolia</i> = <i>P. angustifolia</i> L. subsp. <i>longifolia</i> (Bast.) F. Fourn. y <i>Arctium minus</i> Bernh. subsp. <i>minus</i> = <i>Lappa minor</i> Hill]
Yerba trepadora [<i>Cymbalaria muralis</i> P. Gaertn., B. Meyer & Schreb. subsp. <i>muralis</i> = <i>Linaria cymbalaria</i> (L.) Mill.]
Yerba tripera [<i>Agrimonia eupatoria</i> L. subsp. <i>eupatoria</i> , <i>Asperula cynanchica</i> L. subsp. <i>brachysiphon</i> O. de Bolòs & Vigo = <i>A. brachysiphon</i> L. y <i>Micromeria fruticosa</i> (L.) Druce = <i>M. marifolia</i> (Cav.) Benth., <i>Satureja fruticosa</i> (L.) Béguinot]
Yerba vaquera (<i>Rubia peregrina</i> L. subsp. <i>peregrina</i> = <i>R. angustifolia</i> auct., non L.)
Yerba vinagrosa (<i>Berberis vulgaris</i> L. subsp. <i>seroi</i> O. Bolòs & Vigo = <i>B. garciae</i> Pau)
Yerba zapatera (<i>Coriaria myrtifolia</i> L.)
Yerba zerruda [<i>Echium vulgare</i> L. subsp. <i>vulgare</i> , <i>Pulmonaria affinis</i> Jord. y <i>Ramonda myconi</i> (L.) Rechb.]
Yerbabuena (<i>Tanacetum balsamita</i> L. = <i>Balsamita major</i> Desf., <i>Chrysanthemum balsamita</i> auct.)

Plantas medicinales, veterinarias y tóxicas: un conocimiento muy específico

Pero –en el ámbito que nos ocupa– si hay un ejemplo paradigmático de la riqueza de nuestra cultura popular, de su profundidad y utilidad, de su integración en el entorno, de su función en la supervivencia del grupo humano, o sea, de su sentido ecológico adaptativo, ese es, sin duda, el de las plantas curativas, las usadas en los remedios caseros, campo del cual ya hemos esbozado alguna idea en las líneas que anteceden. Sin duda, el relativo aislamiento de la sociedad rural pirenaica, la dispersión de su población en núcleos pequeños, la ausencia o escasez de médicos², etc., son factores que, unidos a la variedad florística del territorio, la cual también hemos anotado, forzaron primero el desarrollo de muchos saberes acrisolados, luego su transmisión y después su conservación hasta mitades del S. XX.

² Según transcribe ANDOLZ (1987) basándose en Menéndez de la Puente, entre 1566 y 1823 sólo salieron de la Universidad de Huesca 277 médicos, poco más de un facultativo por año.

En las Cinco Villas había empezado Iribarren hacia los años 1940 (MARTÍNEZ TEJERO, 1997) y luego, en los años 70, nuestro amigo y colaborador J. M. Palacín, químico y farmacéutico oscense. Hasta que en 1981, bajo los auspicios de la Diputación de Huesca, formamos un equipo para obtener y ordenar conocimientos populares en torno a los usos de las plantas empleadas en remedios caseros de uso humano o veterinario. Ello implicaba recoger e identificar no sólo las correspondientes muestras vegetales, fórmulas, recetas, modos de empleo o ritos asociados, sino también sus nombres vernáculos. En ellos, además de las fablas autóctonas, se nos mostraban –era de esperar– influencias vasca, francesa, catalana y, desde luego, impregnación castellana muy generalizada.

En sucesivos artículos fuimos adelantando algunos contenidos y más tarde publicamos un libro ampliamente difundido (VILLAR & al., 1987, 1992). En ese estudio reunimos más de 400 especies medicinales, veterinarias o tóxicas, las cuales componen la “flora farmacéutica” de nuestro jardín pirenaico, donde se incluyen muchas plantas vasculares, algunos líquenes y hongos. Como referencia de fondo disfrutábamos al redactarlo del tratado de FONT QUER (1962), síntesis luminosa de la flora medicinal para toda España, en la que mencionó cerca de 700 especies.

Observemos que nuestra flora medicinal constituye aproximadamente la mitad de la formada por las especies que han sido bautizadas –con uno o varios nombres– en la cultura autóctona, y ello nos dará idea de su importancia en las Montañas. Aún más, si consideramos que cada una de ellas se aplica o usa de tres o cuatro maneras –para la misma dolencia o para males diferentes, sea como simple, sea en mezcla con otras plantas o productos de origen animal o mineral–, podríamos estimar que unas 1500 recetas han conformado hasta hace poco la fitoterapia casera altoaragonesa.

Al empezar nos hemos referido a una mermasangre, quizá la más reputada, pero hay varias decenas de especies diferentes usadas para regular la tensión arterial, como vemos en la tabla adjunta Tabla 4, donde también reseñamos los demás apelativos que reciben. Evidentemente, la variedad de este grupo terapéutico, como ya indicamos hace 20 años (PALACÍN & al., 1984), da fe de la importancia que se ha dado –y se sigue dando– al buen funcionamiento del sistema cardiovascular en el Pirineo, no sólo en nuestra porción sino también en el resto de la Cordillera. Tomadas en infusión o cocimiento durante una novena en ayunas, servían para mitigar los altibajos de los humores, principalmente en otoño y primavera, “cuando mueven as sangres”, dicho así, en plural.

Tabla 4. Mermasangres del Alto Aragón.

<p><i>Achillea millefolium</i> L. (Flores mil, hierba cabezuda, Hierba de la falz, manzanilla, mermasangre, mil flores, mil hoja, milorio, té purgante, yerba de corto, yerba purgante) <i>Agrimonia eupatoria</i> L. (Agrimonia, alimonia, mermasangre, esmermasangre, oraga) <i>Allium sativum</i> L. (Ajo) <i>Amelanchier ovalis</i> Medicus (Cornera, corniera, curñera, curruñé, escobizos, griñolera, guiñolera, hierba del riñón, sena, senera) <i>Armeria plantaginea</i> Willd. (Mermasangre, té) <i>Asplenium rura-muraria</i> L. (Manetas, mermasangre) <i>A. trichomanes</i> L. (Sardineta, mermasangre)</p>
--

A. viride Hudson (Meremasangre)
Ceterach officinarum DC. (Doradilla, felces, hierba lancera, jéus, meremasangre, sardineta)
Citrus limon (L.) Burm (Limonero, limón)
Crataegus monogyna Jacq. (Arto, arto blanco, Arto marino, arto motilonero, arto venenoso, cachimironero, espinula, golirones, gorrillón, manzanetas de pastor, etc., Tabla 2)
Cynodon dactylon (L.) Persoon (Gramma, gramen, mala hierba de los campos)
Cystopteris fragilis (L.) Bernh. (Meremasangre)
Daucus carota L. (Carrota, carruchera, zanoria, hierba meona, plaga de prados)
Dictamnus hispanicus Webb ex Willk. (Meremasangre, timonreal)
Dorycnium hirsutum (L.) Seringe (Hierba del pastor, meremasangre)
Gén. *Equisetum* (*E. arvense* L., *E. hyemale* L., *E. fluviatile* L., *E. palustre* L., *E. ramosissimum* Desf., *E. telmateia* Ehr.) (Cola de caballo, cola de lagarto, coda de rata, estañera, nudé, pinocha)
Gentiana lutea L. (Agenciana, chansana, chanzaza, chonzana, genciana)
Globularia vulgaris L. (Cabezuelas, colubaria, hierba negra, salseta de pastor)
Hedera helix L. (Hiedra, lledrera, yedra)
Juglans regia L. (Nogal, noguera, nuguera, nuguero, nuquera)
Juniperus phoenicea L. (Sabina, sabina de roca)
Lavandula angustifolia Miller subsp. *pyrenaica* (DC.) Guinea (Espícol, espígol, espliego, espigo, espliegol, ispígol, explico, pañol, póliol)
Lithodora fruticosa (L.) Griseb. (= *Lithospermum fruticosum* L.) (Esperilla, estremoncillo, esmeremasangre, meremasangre)
Lycopersicon esculentum Miller (= *Solanum lycopersicum* L.) (Tomatero, tomate)
Lythrum salicaria L. (Esmeremasangre, hierba de las tripas, hierba lachanera, tripera)
Malus domestica Borkh. (Manzanera, manzañoneras, manzañones -el fruto-)
Olea europaea L. (Olivera, olivo)
Gén. *Paronychia*: *P. kapela* (Hacq.) Kerner subsp. *serpyllifolia* (Chaix) Graebner, *P. capitata* (L.) Lam., *P. polygonifolia* (Vill.) DC. y *P. argentea* Lam. (Esmeremasangre, hierba sanguinera, meremasangre, nevadeta, rebajasangre, sanguina, verbasangre)
Phyllitis scolopendrium (L.) Newman (Cerbuna, escalopendra, esmeremasangre, lengua cerbuna, meremasangre, verduna)
Polypodium vulgare L. (Cerbuna, cerbuna borde, feleguera, felequera, felze, felze de las rallas, fuelze)
Potentilla reptans L. (Corredera de huerta, enredaderas, meremasangre, oraga, pata de gallo)
Prunus amygdalus Stokes (Almendrera, almendro)
P. avium L. (Cerecera, cerezal, zirasera, ziresera)
Rhamnus alaternus L. (Alatierno, carrasquilla, coscollina, meremasangre, rebajasangre)
Rosmarinus officinalis L. (Romé, romero)
Rubia peregrina L. (Hierba áspera, raspalengua, yerba vaquera)
Rubus ulmifolius Schott (incl. *R. fruticosus* L.) (Barza, carga, carguera, masura, mora, morera, zarza)
Salvia officinalis L. (Salvia, sauvia)
Sambucus nigra L. (Sabuco, sabugo, sabuquero, saúco, saucú, sauquero)
Saxifraga corbariensis Timb.-Lagr. (Consuela, consueda, consuenda, convelda, hierba pegajosa, meremasangre)
Scorzonera hispanica L. (Escorzonera, meremasangre)
Smilax aspera L. (Zarzaparrilla)
Taraxacum officinale Weber (Achicoria amarga, camarroja, carnalón, diente de león, chicoina, etc., véase Tabla 2)
Teucrium gnaphalodes L'Hér. (Meremasangre)

Thymus vulgaris L. (Estremoncillo, estremunsell, farigola, morquera, timonet, tomillo, tomizo...)
Urtica dioica L. Chordica, chordiga, ichordigas, ixordica, ortigas, ortigas)
Viscum album L. (Bisca, visco, viscol, vizco)
Vitis vinifera L. (Parra, viña)
Zea mays L. (Maíz, milloquera, panizo, pinochera, millota; el fruto, pelo de millota; los estilos, seda de panixo, pelo o seda de pinocha).

También interesaban mucho las plantas favorecedoras de las funciones digestivas, como la más bella de las “hierbas triperas” (*Lythrum salicaria* L.), las ya citadas manzanillas cuyo número se eleva a 14 y, sobre todo, los variadísimos té, que son nada menos que 46. Ese nombre liso y llano, en efecto, se atribuye a 10 especies diferentes, pero cuando después del monosílabo se van concretando colores, procedencias, propiedades, porte, etc., por el procedimiento que ya conocemos, llegamos a 37 distintos, por ejemplo el té blanco, el té morado, el té negro, el té de Guara, el famoso “té de roca”, etc. Véase la relación de los que hemos identificado en la Tabla 5.

Tabla 5. Té del Alto Aragón (10 + 36 = 46 nombres).

Té: *Armeria alpina* Willd., *Cruciata glabra* (L.) Ehrend.(=*Galium verum* Scop.);
Chiliadenus saxatilis (Lam.) S. Brullo (= *Jasonia glutinosa* (L.) DC.); *Galium verum* L. subsp. *verum*; *Lithospermum officinale* L.; *Melissa officinalis* L.; *Nepeta nepetella* L.; *Phlomis lychnitis* L.; *Satureja montana* L.; *Sideritis hyssopifolia* subsp. *hyssopifolia*
Té blanco: *Satureja montana* L.
Té borriquero: *Sideritis hyssopifolia* L. subsp. *hyssopifolia*
Té de Aragón: *Chiliadenus saxatilis* (Lam.) S. Brullo (= *Jasonia glutinosa* (L.) DC.)
Té de barranco: *Lithospermum officinale* L.
Té de Benás: *Lithospermum officinale* L.
Té de burro: *Jasonia tuberosa* (L.) DC.
Té de flor blanca: *Satureja montana* L.
Té de Gratal: *Chiliadenus saxatilis* (Lam.) S. Brullo (= *Jasonia glutinosa* (L.) DC.)
Té de glera: *Jasonia tuberosa* (L.) DC.; *Nepeta nepetella* L.; *Sideritis hyssopifolia* L. subsp. *hyssopifolia*
Té de Guara: *Cruciata glabra* (L.) Ehrend. (= *Galium verum* Scop.)
Té de huerta: *Lithospermum officinale* L.
Té de la Virgen: *Lithospermum officinale* L.
Té de montaña: *Hypericum perforatum* L. subsp. *perforatum*
Té de monte: *Sideritis hyssopifolia* L. subsp. *hyssopifolia*; *Chiliadenus saxatilis* (Lam.) S. Brullo [= *Jasonia glutinosa* (L.) DC.]
Té de pastor: *Sideritis hyssopifolia* L. subsp. *hyssopifolia*
Té de peña: *Chiliadenus saxatilis* (Lam.) S. Brullo [= *Jasonia glutinosa* (L.) DC.]
Té de perla: *Lithospermum officinale* L.
Té de piedra: *Jasonia tuberosa* (L.) DC.; *Satureja montana* L.
Té de puerto: *Sideritis hyssopifolia* L. subsp. *hyssopifolia*
Té de ralla: *Chiliadenus saxatilis* (Lam.) S. Brullo [= *Jasonia glutinosa* (L.) DC.]
Té de roca: *Chiliadenus saxatilis* (Lam.) S. Brullo [= *Jasonia glutinosa* (L.) DC.], *Satureja montana* L.; *Sideritis hyssopifolia* L. subsp. *hyssopifolia*
Té de tasca: *Sideritis hyssopifolia* L. subsp. *hyssopifolia*

Té de tierra: *Jasonia tuberosa* (L.) DC.
Té de zequia: *Lithospermum officinale* L.
Té en grano: *Lithospermum officinale* L.
Té fuerte: *Nepeta nepetella* L.
Té fino: *Cruciata glabra* (L.) Ehrend. (= *Galium verum* Scop.); *Lithospermum officinale* L.;
Sideritis hyssopifolia L. subsp. *hyssopifolia*
Té montesino: *Satureja montana* L.
Té morau: *Thymus pulegioides* L. (= *T. serpyllum* L. subsp. *chamaedrys* (Fries) Vollmann
Té negro: *Lithospermum officinale* L.
Té pericón: *Hypericum perforatum* L. subsp. *perforatum*
Té purgante: *Achillea millefolium* L. subsp. *millefolium*; *Inula conyza* DC. subsp. *conyza*;
Lithospermum officinale L.; *Meum athamanticum* Jacq. subsp. *athamanticum*; *Sideritis*
hyssopifolia L. subsp. *hyssopifolia*
Té rastrero: *Sideritis hyssopifolia* L. subsp. *hyssopifolia*
Té roquer: *Chiliadenus saxatilis* (Lam.) S. Brullo [= *Jasonia glutinosa* (L.) DC.]
Té verdadero: *Sideritis hyssopifolia* L. subsp. *hyssopifolia*.

Igualmente, cabe mencionar las 5 “albacas”, albahacas o “alpacas”, la mayoría de las cuales sirven, como las verdadera (*Ocimum basilicum*) para calmar los nervios, “fortalecer” el ánimo, etc. (Véase Tabla 6). Asimismo, la voz “tuara” se aplica a diversas plantas venenosas, como los “napech” “tora” o “tuara blava” (*Aconitum napellus* L., de flor azul, el acónito) y la dedalera (*Digitalis purpurea* L., “tuera” o “enagüitas de la Virgen”).

Tabla 6. Albahacas del Alto Aragón.

<i>Ocimum basilicum</i> L. (albaca o alpaca, la albahaca propiamente dicha)
<i>Clinopodium vulgare</i> L. (= <i>Calamintha clinopodium</i> Bentham) (albahaca silvestre, orégano borde, yerba capuchina)
<i>Micromeria fruticosa</i> (L.) Druce [= <i>M. marifolia</i> (Cav.) Bentham] (albaca basta, albaca de monte, albaca silvestre, albaquita, menta, pánikol, poleo, polido, pulido, púmiol, púniol, tronjina, yerba coliquera, yerba culiquera, yerba tripera)
<i>Nepeta tuberosa</i> L. subsp. <i>reticulata</i> (Desf.) Maire (albaca basta, menta basta, yerba de los gatos)
<i>Satureja montana</i> L. subsp. <i>montana</i> (albaca montesina, ajederea, jadrea, sabeduría, sabiduría, salseta de pastor, salseta pastó, sacudía, té, té blanco té de flor blanca, té de piedra, té de roca, té montesino, yerba de las tripas).

Y cómo no, las plantas vulnerarias (cicatrizantes, antiinflamatorias, desinfectantes, etc.) resultaban también primordiales cuando se trabajaba en el campo o en el bosque, y era urgente curar heridas, magulladuras, etc. Probablemente se trate del grupo de acción más rico en el Alto Aragón, pues alcanza, de manera aproximada, las 150 especies distintas... Y dentro de él, tal como ya mostramos (PALACÍN & al., 1985), el subgrupo más señalado sería el de las árnicas –la verdadera, *Arnica montana*, y las falsas, sobre todo *Doronicum grandiflorum*–, una buena decena de plantas herbáceas diferentes, en su mayoría compuestas ligulifloras, usadas por el mismo procedimiento y con parecidas precauciones (*Senecio*, *Inula*, *Doronicum*, *Pallenis*, etc.). Véase Tabla 7.

Tabla 7. Diferentes árnicas del Pirineo Aragonés

<p><i>Arnica montana</i> L. (árnica, el árnica propiamente dicha) <i>Asteriscus spinosus</i> (L.) Schultz Bip subsp. <i>spinosus</i> [= <i>Pallenis spinosa</i> (L.) Cass.] <i>Crepis paludosa</i> (L.) Moench (árnica) <i>C. pygmaea</i> L. subsp. <i>pygmaea</i> (árnica) <i>Dittrichia viscosa</i> (L.) W. Greuter subsp. <i>viscosa</i> (= <i>Inula viscosa</i> Ait.) (árnica, cholibarda, taba- queras) <i>Doronicum grandiflorum</i> Lam. (árnica) <i>Inula helenioides</i> DC. (árnica) <i>I. montana</i> L. (árnica, á. fina) <i>Lilium pyrenaicum</i> Gouan (árnica, azucena de los Pirineos, lirio, lidio) <i>Senecio jacobaea</i> L. (árnica, flores mil) <i>S. pyrenaicus</i> L. subsp. <i>pyrenaicus</i> (= <i>S. tournefortii</i> Lapeyr.) (árnica).</p>

Tal riqueza de matices tiene este saber popular altoaragonés que ha dado lugar, como era de esperar, a refranes y proverbios alusivos, entre los que escogeremos el siguiente, en veterinaria popular: “Si quieres conservar la vaca sana, dale tuca y chanzana”; es decir, llegado el parto, quizá el momento más delicado para el ganado vacuno, conviene administrarle el cocimiento de dos raíces, la de *Bryonia dioica* Jacq. (“tuca”) y la de *Gentiana lutea* L. (“chanzana”); la primera es purgante y contribuye a “purificar la sangre” y a “limpiarse” –expulsar las parias o restos de placenta– mientras que los principios amargos de la segunda estimulan la secreción gástrica y le devuelven el apetito al animal.

Igualmente, se habían generado verbos especiales, como “enverbascar”, que consiste en aplicar “guardalobo” (*Verbascum thapsus* L. y otros gordolobos) en las badinas que forma el agua remansada para que se atonten las truchas, floten y se puedan pescar con facilidad; de ahí que esas escrofulariáceas se llamen además “matapeces”. Es cierto que se usaban también al exterior para afecciones de boca y garganta, pero con cuidado de no ingerirlas, porque “si s’ en bebe se pone uno muy malo”, según reza la acertada expresión popular. Pero donde no haya gordolobos a mano, bien podemos usar otro matapeces, la lechetrezná *Euphorbia characias* L., también llamada “croca”. He ahí dos ejemplos, refrán y verbo, de la que podríamos llamar sabiduría condensada en una o muy pocas palabras.

Permítasenos destacar una de las características de ese acervo cultural medicinal y de su transmisión, porque afecta a su dinámica, sobre la que nos ocuparemos enseguida. Para nuestra sorpresa, sólo una pequeña porción de esos saberes era de dominio general, quedando el grueso de ellos en el círculo de escasas personas, todas distinguidas por su sabiduría y utilidad en la sociedad rural agro-ganadera, relativamente autárquica. En primer lugar, algunas señoras mayores, las “abueletas”, como las hemos llamado con todo respeto, capaces de recolectar en sus sierras muchas plantas curativas, aclimatarlas en sus huertos y conservarlas en la “falsa” o desván de su casa primorosamente. A ellas acudían familiares, vecinos o conocidos ante cualquier percance o dolencia y, desde luego, también sabían curar a los animales domésticos. MONTSERRAT (1953) todavía habló con varias de ellas en las Vilas del Turbón y nunca olvida cómo rivalizaban entre ellas sobre las aplicaciones y nombres de las plantas, nombres que él anotó.

En los años 80, muchas de esas personas ya no vivían en sus lugares de nacimiento, sino que se habían trasladado a las ciudades con sus hijos. J. M. PALACÍN (1994) tuvo ocasión de entrevistar durante años al más genuino representante de nuestra botánica popular, D.^a Claudia Ferrer Grasa, que había nacido en Belarra (valle del Guarga, lugar deshabitado y agregado a Sabiñánigo), topónimo de origen vasco que significa, precisamente, hierba; la “Señá Claudia” era un portento, pues llegaba a conocer por su nombre 234 especies vegetales, distinguía qué parte de la planta debía usarse y era capaz de referir más de 700 aplicaciones para prevenir, mitigar o curar alrededor de 187 enfermedades.

Pero aún conoció, y le demostraron su inmenso saber, algunos más de esos “últimos eslabones”, procedentes de Escartín de Soprepuerto, Serbeto, Ibieca o Panzano y residentes, como D.^a Claudia, en Huesca. Por su parte, C. CALVO (1994), igualmente colaborador nuestro en el valle de Hecho y aldeaños, conversó también varios años seguidos con ancianos que atesoraban ricos conocimientos, entre ellos la “tía Concha de Florentina”, quien murió a los 99 años en plena lucidez, siempre se curó con hierbas –rehusaba hasta las aspirinas– y transmitió multitud de recetas o remedios muy diversos en su propia casa y en su lengua vernácula, la fabla chesa. El etnólogo PALLARUELO (2000) en su magnífico libro sobre “José, un hombre los Pirineos”, recoge ese hecho de que eran las mujeres las que conocían los remedios vegetales: “En casa de José se acumulan las hierbas empleadas tradicionalmente como medicinas, pero no es José quien las recoge y las usa, sino su hermana. Ella confía en los remedios que vio usar a sus padres y recuerda cómo se preparaban, pero habla poco.”

Aunque por desgracia en nuestros días las hemos ido perdiendo, cabe pensar que esas “dueñas” experimentadas de las casas rurales, verdaderas enciclopedias vivientes, no debieron escasear en nuestras montañas hasta bien entrado el S. XX; sin duda, en alguna de ellas se inspiró D. Braulio FOZ (1884), catedrático turolense de la Universidad de Zaragoza, al imaginar su legendario personaje Pedro Saputo, esto es, sabio de apellido, quien a su vez se declaraba nieto de sabios, y situarlo en el Somontano y Prepirineo oscenses.

En segundo lugar citaremos a los curanderos, muy hábiles en torno a las roturas de huesos, esguinces y otros traumas, pero también con virtud para aliviar o curar otras dolencias; todos ellos conocían y aplicaban plantas medicinales, tanto de uso humano como para los animales domésticos. Varias personas nos han relatado cómo acudían los viernes a Jaca, día del mercado comarcal, y cerca de la Catedral buscaban a D.^a Pilar Tardío Izuel³, la famosa curandera de Canfranc, si necesitaban algún remedio para sus enfermedades; sabemos que se valía de la ruda (*Ruta* sp.) y, sin duda, de otras plantas, para curar, y que descende de varias generaciones de curanderas. Otro tanto podríamos decir de la curandera de Santa Cilia, ya fallecida, o del conocido curandero de Nocito, este último con especial habilidad para curar a las caballerías. Estas personas con “don” o talento fueron objeto de atención por parte de D. Rafael ANDOLZ (1987), en su entrañable librito “De pilmadores, curanderos y sanadores”, el cual, como su conocido “Diccionario Aragonés” (1984), fue publicado en esta inmortal ciudad.

³ Hoy jubilada, de 78 años, y residente en Jaca, precisamente en el barrio de la Universidad.

Finalmente, cabe mencionar a los pastores, que conocían muy bien las plantas venenosas o dañinas, qué antídotos emplear llegado el caso, y los remedios vegetales (brebajes, plantas cicatrizantes, etc.) necesarios para curar a los animales que cuidaban, ya sea en cualquier momento del año, ya sea en el amplio espacio de su mundo trashumante, empezando por la Montaña alta en verano, siguiendo por los alrededores de los pueblos, las Sierras exteriores y prepirenaicas en la otoñada y los pastos semiesteparios o regadíos ribereños en la invernada. Es un hecho comprobado que llevaban consigo hasta la Depresión del Ebro las hierbas medicinales que recogían en los puertos fronterizos. No es de extrañar, por tanto, que un viejo pastor de Aso de Sobremonte, también hoy jubilado en Jaca, cuyos recuerdos transcribió SATUÉ (1996), dio razón de 21 especies pirenaicas del Alto Gállego y 9 monegrinas (Tabla 8).

Tabla 8. Principales plantas conocidas por “Cabalero”, pastor trashumante de Aso (cf. SATUÉ, 1996), con los nombres que les daba.

ALTO GÁLLEGO (21)	MONEGRINAS (7 + 2)
Amelanchier ovalis Medik. <i>Senera</i>	Atriplex halimus L. <i>Sosa</i>
Aphyllantes monspeliensis L. <i>Junquera</i>	Juniperus cf. thurifera L. <i>Bastones</i>
Arctostaphylos uva-ursi . (L.) Spreng. <i>Bucheta</i>	Lygeum spartum L. <i>Esparto</i>
Asphodelus albus Mill. <i>Abozos</i>	Pinus halepensis Mill. <i>Pino</i>
Buxus sempervirens L. <i>Buxo, Buxina, Lucera</i> (boj seco)	Retama sphaerocarpa (L.) Boiss. <i>Ginestra escobones</i>
Conopodium majus (Gouan) Loret <i>Serbillón</i>	Salsola kali L. <i>Capitanas</i>
Doronicum grandiflorum Lam <i>Árnica</i>	Salsola vermiculata L. <i>Sisallo</i>
Echinopartum horridum (Vahl.) Rothm. <i>Arizó</i>	Además, <i>Rebullón</i> y <i>Tintineras</i> (desconocemos la especie)
Juglans regia L. <i>Noguera</i>	
Juniperus communis L. <i>Chinebro</i>	
Nardus stricta L. <i>Narrón</i>	
Ononis spinosa . L. <i>Tollaca</i>	
Phaseolus vulgaris L. <i>Judías</i>	
Pinus sylvestris L. <i>Pino royo</i>	
Populus tremula L. <i>Tremoleta</i>	
Pteridium aquilinum (L.) Kuhn <i>Felces</i>	
Quercus gr. faginea Lam. <i>Caxicos, Glan (fruto)</i>	
Rosa canina L. y otras. <i>Gabardera, tapacubos</i>	
Sambucus nigra L. <i>Sabuquero</i>	
Trifolium alpinum L. <i>Regaliz de puerto</i>	
Viscum album L. <i>bisco</i> .	

Entonces, los pastores trashumantes al subir y bajar por esos corredores ecológicos que son las cabañeras, con sus rebaños no sólo aportaban riqueza y abono orgánico a los sazos y vales ribereñas, sino que vinculaban culturalmente el monte con el valle. Así, conocemos el caso de una de las árnicas (la citada *Doronicum grandiflorum*), tan apreciada por una familia ribereña que cuando dejó de practicarse la trashumancia recientemente, alguno de sus miembros seguía subiendo cada año a proveerse de ella a Panticosa, supliendo así la interrupción de la llegada de los pastores cada Sanmiguelada.

Señalemos que mucha de esa experiencia era oral, de hecho apenas pasó a la letra escrita y mucho menos por la imprenta. Muy rara vez ha llegado a nuestros días algún cuaderno donde sistemáticamente se anotaron fórmulas y remedios, como el que C. Calvo recogió en Larués, lugar de la Canal de Berdún, del S. XIX; su anónima autora clasificó bien sus conocimientos, pero como en otros casos no resultó fácil discernir lo que venía del saber profundo o lo que se copió de algún libro. No obstante, hasta nuestros días, y en especial durante el S. XIX, los libros circulaban poquísimos por el mundo rural. Incluso D. Vicente Latorre, farmacéutico que ejerció en el Pueyo de Jaca y otros lugares hacia 1850, a pesar de que nos dejó un pulcro herbario con 1000 muestras y escribió ordenadamente la que podemos considerar primera flora del Campo de Jaca, apenas manejó media docena de libros de Botánica⁴.

También quisiera destacar aquí que estos conocimientos de medicina popular a través de las plantas han estado ligados al modo de vida dominante en todo el Pirineo, por eso los podemos encontrar tanto en Francia como en Cataluña, etc. independientemente de las fronteras políticas o lingüísticas. De hecho, así lo pudimos demostrar al analizar los usos en torno a los helechos en un artículo reciente (BONET & al., 2001). Diríamos que es un saber ancestral, con elementos previos al desarrollo de nuestras propias lenguas, algo que ya descubrieron ALVAR (1948) y otros.

Como corolario del binomio medicina tradicional-medicina científica, digamos que nos equivocáramos si pensáramos que toda esa botánica popular aragonesa o pirenaica ha quedado obsoleta, que la comparación entre los saberes científico y popular carece de interés para nosotros. Para alejar esa idea errónea cabe explicar que –como ya hiciera Font Quer con los datos de Dioscórides–, al escribir nuestro libro, dentro cada especie situábamos lo aportado por la tradición junto al saber universitario, el de los libros de Etnobotánica e incluso el de revistas especializadas en Farmacología y Fitoquímica. Y como habíamos sospechado, descubrimos concordancias –por ejemplo en cuanto a las plantas tóxicas– pero también sacamos a la luz discordancias notables: significativamente, en varias ocasiones el acervo de conocimientos locales superaba al adquirido por la Ciencia, fenómeno parecido al que se da en muchas etnias de los países intertropicales (Méjico, Venezuela, etc.) (VILLAR, 1991).

En efecto, varias decenas de especies requieren estudios científicos, ya sea porque alguno de sus usos tradicionales o todos ellos se desconocían en el mundo de la Medicina con mayúscula. En otras palabras, conviene desarrollar nuevas investigaciones para demostrar experimentalmente los conocimientos acrisolados por la sabiduría popular en sus remedios vegetales caseros. Recientes estudios en otras partes del Pirineo, publicados en revistas de renombre, nos reafirman en esa idea (AGELET & VALLÈS, 2001). Muchas tesis doctorales podrían desarrollarse al respecto en nuestras universidades y, como está ocurriendo en otras partes del Mundo, ello podría dar lugar al descubrimiento de nuevos medicamentos. Aún más, algunas variedades locales de plantas podrían ser objeto de mejora genética para su posterior cultivo industrial, tal como ya ocurrió con una

⁴ Precisamente ahora estamos trabajando en la publicación de su obra, cuyo contenido tiene interés etnobotánico, y nos permite comparar una parte de lo que se sabía y usaba hace 150 años con lo actual.

especie aromática, el lavandino, ese híbrido espontáneo de nuestras dos especies de espliego o “espígo!” [*Lavandula latifolia* Medik. x *L. angustifolia* Mill. subsp. *pirenaica* (DC.) Guinea].

Toponimia de origen vegetal

Pero desde los remedios caseros les invito ahora a salir al aire libre, al campo de la toponimia en el Pirineo, al cual han prestado mucha atención los eminentes lingüistas de Aragón, algunos de los cuales han llegado a presidir la Real Academia de la Lengua. Desde hace 60 años por lo menos vienen analizado multitud de topónimos, simples o compuestos, menores o mayores, con una metodología tan elaborada que se está aplicando ahora para buscar los testimonios del origen del español por el Alto Ebro y Castilla.

Los estudios, que en un principio fueron animados por mi propio Instituto, todavía siguen y nos aportan multitud de nombres de origen vegetal procedentes, por ejemplo, del Campo de Jaca (ALVAR, 1946, 1948), del Valle de Tena, Ribera de Biescas, Sobremonte y Sobrepuerto (GUILLÉN, 1981; VÁZQUEZ, 1989, 1991, 2002, etc.), diversos lugares de la Ribagorza (VÁZQUEZ & al., 2001), etc. Incluso se elaboró un monumental Atlas lingüístico de Aragón y se publican dos revistas especializadas, una en Zaragoza y otra en Huesca.

Gracias a esos trabajos y a otros más locales como los de MASCARAY (2000) o MUR (2002-2003) hemos podido alistar en una primera aproximación 500 nombres, con sus numerosas variantes, unos singulares, otros plurales, unos referidos a una determinada especie (fitónimos) y otros colectivos, asociados a la comunidad vegetal correspondiente, los llamados sinfitónimos (RUIZ de la TORRE, 1988). En las Tablas 9 y 10 presentamos una muestra de ellos, a título informativo.

Tabla 9. Selección de unos topónimos muy especiales, los colectivos botánicos (sinfitónimos) dobles.

Bimen de la Mazanaruala (Panticosa).- Se refiere, por una parte, a la mimbrera, “bimbrera” o “vimetera” (catalán) (<i>Salix</i> spp.) y quizá en gascón, y por otra a la manzanera, el manzano (<i>Malus sylvestris</i> Mill.)
Fayar del Chanzanal (Ansó-Hecho).- Hayedo (<i>Fagus sylvatica</i> L.) con gencianas amarillas (<i>Gentiana lutea</i> L.)
Fenales de Nocito.- Henares del lugar donde abundan los nogales (<i>Juglans regia</i> L.)
Fenero de las Salces.- Fenero o henar de los sauces (<i>Salix</i> spp.)
Fenés des Barzas (Pueyo de Jaca).- Henares de las zarzamoras (<i>Rubus</i> spp.)
Linás de Marcuello (<i>Linum usitatissimum</i> L., el lino; margüello, <i>Lolium perenne</i> L., aunque este último sea un patronímico, el cual podría igualmente proceder de “martuello”, fresa silvestre, <i>Fragaria vesca</i> L.)
Ontinar del Salz (<i>Artemisia herba-alba</i> Asso, la ontina; <i>Salix</i> spp.)
Pinar d’a Güega Feners (Cortillas) (<i>Pinus sylvestris</i> L. junto a la muga o hita de los henares)
Pinar d’as Triamoleras (Sasa) (<i>Pinus sylvestris</i> L. salpicado o con un grupito de <i>Populus tremula</i> L.).

Pero los topónimos, como es bien sabido, constituyen un libro abierto a los conocimientos populares, y no pocas veces los topónimos vegetales expresan botánica y ecología. Anotaremos ahora algunos comentarios en torno al significado múltiple de estos vocablos o conjuntos de ellos. Podríamos empezar por las advocaciones marianas relacionadas con las plantas (como la Virgen de Pineta, en Bielsa, Huesca) o mencionar los nombres de las fuentes calificados por las plantas que viven en los alrededores (Fuente del Abé en Torla, “Font del Canyar”, en Lascuarre, etc.), atender a los nombres de lugares o topónimos mayores basados en el mundo vegetal, relacionar los pseudogentilicios o apodos de ese mismo origen, etc., pero en razón de la brevedad sólo destacaremos, en primer lugar, ciertos topónimos doblemente botánicos.

Así, Linás de Marcuello, pueblecito entre Loarre y Ayerbe, nos une dos plantas muy útiles, el lino cultivado (*Linum usitatissimum* L.), textil y con aplicaciones medicinales, antiguamente muy extendida, hoy escasa, y los “margüello”, “margallo” o “margall” (*Lolium perenne* L., *L. rigidum* Gaudin), gramíneas que los jardineros conocen actualmente por su nombre inglés (“raigrás”) y que constituyen una semilla selecta de las usadas en práticamente; aunque marcuello, que también es antropónimo, podría venir del “martuello”, que no es otra cosa que la fresa silvestre (*Fragaria vesca* L.).

En el valle geográfico de Hecho, cerca del dolmen de Agua Tuerta, encontramos el “Fayar del Chanzanal”, esto es, el hayedo que tiene una comunidad de gencianas amarillas; entendemos que del antiguo bosque denso de *Fagus sylvatica* L., por fuego pastoral se llegó a una comunidad forestal aclarada y empradizada, con abundante *Gentiana lutea* L., tal como hoy la podemos contemplar.

En Sasa del Sobrepuerto, no lejos de Biescas, se halla el “Pinar d’as Triamoleras” (VÁZQUEZ, 2002), o sea, un bosque mixto de pino silvestre (*Pinus sylvestris* L.) con grupos del caducifolio álamo temblón, “tremolín” o “tremoleta” (*Populus tremula* L.); la experiencia de campo nos dice que en ese rodal del pinar el suelo será más húmedo e incluso habrá algún manantío, información útil para añadir al hecho mismo de la presencia de un bosque maderable.

Igualmente, al venir de Huesca a Zaragoza, junto al límite provincial, pasamos al lado de Ontinar del Salz, verdadero contrapunto entre la comunidad de ontinas (*Artemisia herba-alba* Asso), propia del terreno seco, y los “salzes” o salzmimbres (*Salix* spp.), que requieren humedad edáfica; nos habíamos referido a la primera como escoba, pero añadamos que su aroma impregna la carne del ovino –el ternasco– que se la come; y en cuanto a la segunda, todos sabemos que se podan las mimbreras para cestería, etc. (SÁNCHEZ, 1994) y además, de un “salze” o salzmimbre que se empleaba tradicionalmente como febrífugo (*Salix alba* L.) salió el ácido acetil-salicílico, es decir, la Aspirina. De hecho, voces como “salzar”, “salzosa”, etc. no son raras en nuestra toponimia.

En cuanto a los fitónimos, anotamos sólo las primeras letras de nuestra lista alfabética; ojeándola observaremos algunos nombres familiares, otros más raros, pero prácticamente todos pueden interpretarse con bastante certeza. Encabeza dignamente la lista el gigante de nuestro árboles autóctonos, el abete o pinabete, que ha dejado huella en los abetares, abetosas, etc.; no en valde se aprecia su madera o su sombra, hace siglos se usaban sus troncos para mástiles en las atarazanas y la resina u otros productos tenían aplicaciones medicinales.

Tabla 10. Algunos nombres colectivos botánicos del Alto Aragón (letras a y b de la lista alfabética).
Todos son topónimos.

<p>Abetar, Abetosa, Abetemoza, Fuente de l'Abé, Puente d'Abet, Betosa, etc. (<i>Abies alba</i> Miller, el pinabete o abeto)</p> <p>Abechanales, Abechanar, Abechaneras, Abechaneto, Abellané, Abellaned, Abellaneto, Abesaneto, Abetchaneto, Abichanosas, Avellanera, Avellaneras, Bellaneto (<i>Corylus avellana</i> L., avellano)</p> <p>Abena, Avenás, Abenosiachas (<i>Avena sativa</i> L., la avena)</p> <p>Aboceras -Canal de-, Abozal (de "aboza", <i>Asphodelus albus</i> Mill., el gamón)</p> <p>Aciróns (los arces, generalmente <i>Acer opalus</i> Mill.)</p> <p>Albarosa, Albaricos, Albarún, Albornos, (<i>Betula pendula</i> Roth, el albar o abedul)</p> <p>Alborceral, Arbetoneral (<i>Arbutus unedo</i> L., la alborcera o madroño)</p> <p>Algarells, Algarons, Aliagar, Aliagares, Allanan, Allacaré, Allagar, Allagaraz, Allagares, Allanan, Alluals [<i>Genista scorpius</i> (L.) DC., las aliagas]</p> <p>Alizonar [alizonas o abrizonas, <i>Echinopartum horridum</i> (Vahl) Rothm.]</p> <p>Anayet, Aneu (anayón, <i>Vaccinium myrtillus</i> L. y <i>V. uliginosum</i> L., los arándanos)</p> <p>Aneto (probablemente de anet, <i>Anethum graveolens</i> L.)</p> <p>Arañones, Los (<i>Prunus spinosa</i>)</p> <p>Arbillás (arbillars, de arbilluela, <i>Vicia sativa</i> L.)</p> <p>Arnos [Campo os Arnos, probablemente de los "alnos", <i>Alnus glutinosa</i> (L.) Gaert., los alisos]</p> <p>Artal, Artalón, Artaso, Artasona, Artieda, Arto, Artos, Artosa, Artosiacha, Artosilla (<i>Prunus spinosa</i> L., principalmente, pero también otros espinos)</p> <p>Baladrar (de la voz antigua baladre, <i>Veratrum album</i> L., el vedegambre)</p> <p>Barrazar (barraza, o sea, escoba; se llaman así, por ejemplo, a las ramas del abedul o albar, <i>Betula pendula</i> Roth, en Benasque)</p> <p>Barcical, Barza, Barzaclavera, Barzas, Barzata, Barzato, Barzatón, Barzatos, Barzualas, Brazato, Entreasbarzas, Solabarza, Trasbarzato (<i>Rubus ulmifolius</i> Schott. y otras especies, zarzamora)</p> <p>Basarán (del vasco "basarana", endrino o "arto arañonero", <i>Prunus spinosa</i> L.)</p> <p>Belarra, Belarta (del vasco "belarr", hierba)</p> <p>Berrosas (<i>Rorippa nasturtium-aquaticum</i> (L.) Hayek = <i>Nasturtium officinale</i> L., el Berro)</p> <p>Besurta (<i>Sorbus aucuparia</i> L., "besurb" o "besurt", el serbal de cazadores)</p> <p>Beticarales, Botiguera (<i>Clematis vitalba</i> L., las "betiqueras" o hierbas de pordiosero)</p> <p>Bimen, Biminera (<i>Salix fragilis</i> L., "bimen", la mimbrera)</p> <p>Bisalto (<i>Pisum sativum</i> L., los guisantes)</p> <p>Boliches (<i>Phaseolus vulgaris</i> L., las judías secas)</p> <p>Bucaruelo, Buchacarruego, Buchargüelo, Bujaruelo [<i>Arctostaphylos uva-ursi</i> (L.) Spreng., la gayuba]</p> <p>Bachaco, Boixiguero Bucheras, Buchaco, Buchicar, Bucho, Bujicar, Bujé, Bujo, Bujiqueras, Busicarrillos, Buso, Busuelo, Buxacos, Buxiqueras, Buxuso, Tarrabús, Zarrambucho (<i>Buxus sempervirens</i> L., el "buxo" o "boix", boj)</p>
--

Luego encontramos una voz destacada, muy extendida en el Alto Aragón, "arto" que encierra dos topónimos mayores (Arto, Huesca y Artieda, Zaragoza) y da lugar a muchos menores, como "os Artos", "Artal", "Artaso", "Artosa" y otros. Se trata del nombre genéri-

co aplicado a los espinos o plantas espinosas, sobre todo el “arto blanco” o “espinablo”, sinónimos del espio albar que ya mencionamos (*Crataegus monogyna* Jacq., Tabla 2) y el “arto arañosero” o endrino (*Prunus spinosa* L.), arbusto que ya sea solo o en comunidad siempre llama nuestra atención. En efecto, en primavera temprana sus ramas se pueblan de flores blancas y son medicinales (laxante o purgante, depurativo), en otoño maduran sus frutos conocidos y útiles, los “araños”, y siempre sus numerosas espinas producen heridas.

Pero cuidado, no son heridas comunes, sino dolorosas, consideradas “muy envenenadas”, de esas que se pueden “enmarinar”, o sea, infectar. Ahora bien, si llegáramos a pincharnos, en el remedio también entra otra planta, la cebolla (*Allium cepa* L.) –debidamente untada con miel y manteca de cerdo–, bulbo que debió cultivarse mucho en el valle del río Ijeuz, situado al N de Jaca, conocido como la Garcipollera o “Val Cebollera”. Hoy por allí abunda el endrino pero los pueblos se vaciaron y ya no hay huertos ni cebollas como antes.

Esa planta vulnerante nos permite también entrar en la letra b, pues su nombre vasco “basarana” nos ha dejado en Huesca el topónimo mayor Basarán, y el licor anisado –digestivo– que se sigue preparando poniendo los “arañoses” en maceración, o sea, el pacharán. Fijémonos luego en la voz “barza”, que engloba las zarzadoras tan comunes (*Rubus ulmifolius* L. y otras especies), cuyos tallos jóvenes o “puntas de barza” tienen tantas propiedades curativas (depurativas, antidiarreicas, desinfectante, etc.).

Asimismo, no podemos pasar por alto los conocidos “buchos” (*Buxus sempervirens* L., el boj), pues al tener su centro de dispersión mundial en nuestro territorio, han inducido topónimos comunes como “buxeras”, “buchicares” o “buchusos”. Su madera es muy útil para los cuchareros, de los que ya van quedando pocos en el Sobrarbe; además, de sus hojas no exentas de toxicidad se sacan al calor unos exudados que sirven para curar los herpes, usados al exterior.

Ahora bien, estas voces no deben confundirse con los “buchargüelos” o “bujaruelos”, que como ya sabemos, se refieren a otro arbusto, esta vez rastrero, *Arctostaphylos uvuursi* (L.) Spreng. o gayuba. Terminemos esta letra señalando la “Besurta” de Benasque, voz prestada del catalán “Besurb” o “besurt” (*Sorbus aucuparia* L.), el serbal de cazadores que en la Jacetania llaman “cerolera de puerto”; sus frutos anaranjado-rojizos se ingieren como astringentes, diuréticos o anticoleréticos y por si fuera poco todo el arbolillo es tan decorativo que se planta en jardines.

Al llegar a la letra c, detengámonos en los cardos más pinchosos [*Cirsium eriophorum* (L.) Scop. y otros], los cuales forman “cardosos” y “cardales” en los reposaderos, venteados, majadas o pastos muy pisoteados, de ahí que su presencia llame la atención del ganadero. Pero en este punto debemos prestar atención y no confundir esas voces con las cercanas de “cardón” y “cardonera”, porque se refieren al acebo (*Ilex aquifolium* L.) y aunque pinchen algo se hallan en ambiente forestal, dando “cardón alto”, “cardoneras”, “cardonal”, “cardoneral”, etc. Aún más, agucemos el oído, porque de otro modo confundiremos estos últimos con los “chordóns”, o sea, las frambuesas (*Rubus idaeus* L.), que en idéntico ambiente de bosque sombrío o húmedo nos recuerdan topónimos como “chordal” en la Sierra de Sis, “chordar” en Lascuarre o “chordonal” en Yesero.

Sea como fuere, buscar el significado etimológico, botánico, etnobotánico y ecológico de todos esos fitónimos o nombre colectivos también podría dar lugar a una tesis doc-

toral, como ya ocurrió en Barcelona (BASTARDAS, 1994) con los últimos, y hemos de dejar la tarea para otra ocasión.

Dinámica de los conocimientos etnobotánicos. Origen, pervivencia, fragilidad y pérdida

Concretemos ahora, a través de los ejemplos oportunos, la antigüedad, mantenimiento, modificación o pérdida de algunos de esos nombres de plantas, conocimientos populares y topónimos relacionados con las especies vegetales.

Como ya hemos insinuado, el origen de estas palabras y conocimientos empíricos se pierde bastantes siglos atrás, toda vez que los podemos seguir durante los últimos mil años gracias a los documentos escritos en nuestras lenguas variadas. Lógicamente, los filólogos (VÁZQUEZ, 1998) e historiadores de la Ciencia han descubierto elementos prerromanos, de antiguas culturas indoeuropeas, célticas, ibéricas, árabes, etc., aparte de las influencias latinas o griegas (PALACÍN, 1994). La idea generalmente aceptada es que si esos rastros constan en los documentos antiguos conservados en los archivos es porque ya eran vigentes mucho antes de que pasaran a la lengua escrita.

Un ejemplo vivido hace poco aclarará lo que queremos decir. La planta herbácea que los pastores franceses llaman “balandre” (*Veratrum album* L., vedegambre o heléboro blanco) y los aragoneses “milloquera de puerto” “ballestera” o antiguamente “baladre”, ya constaba hace 500 años en los contratos escritos que los habitantes de Barèges (Pirineo francés, en la Bigorra) les hacían firmar a los vecinos aragoneses de Bielsa o de Broto que pasaban la divisoria para aprovechar sus hierbas. En el año 1415, el documento especificaba que podía utilizarse allí mismo para el cuidado de su ganado –su raíz emética y purgante se usó antiguamente en forma de cocimiento para curar la roña de la piel–; ahora bien, estaba prohibido extraerlo y hacer de él objeto de comercio bajo pena de confiscación y una multa pagadera en sueldos jaqueses (Le NAIL, 2002). Igualmente, quedaba regulado el uso de los árboles forrajeros in situ, llamados “arbre mesti” –pensamos en los fresnos–, o el de arbustos útiles para obtener “tochos” –pensamos en los avellanos–, esto es, bastones y cayados.

El estudioso de esos documentos, buen amigo de Tarbes, me preguntaba el porqué de ese interés de los aragoneses por la citada hierba. La razón era botánico-ecológica, porque en los macizos calizos vicinantes –como el del Monte Perdido– la planta en cuestión escasea mucho o llega a faltar. En la actualidad, ninguna de las personas que hemos encuestado dio noticia de sus aplicaciones; sin embargo, en Sallent de Gállego y Panticosa, de los pocos lugares de Aragón donde no es demasiado rara, se conservan los topónimos “Baladriar” y “Baladrias” alusivo a su presencia y antiguo conocimiento en cuanto a peligros y aplicaciones se refiere.

El caso nos ayuda a explicar, además, las estrechas relaciones humanas que siempre ha habido entre ambas vertientes del Pirineo; por medio de ellas los habitantes de valles vecinos complementaron siglo tras siglo las deficiencias que la ecología imponía al aprovechamiento de sus respectivos recursos naturales (Le NAIL, 2000). Pero he aquí que ese es uno de los distintos “baladres”, el nuestro, porque en La Segarra (Cataluña) llaman así a la umbelífera *Thapsia villosa* L. y en Valencia a las adelfas (*Nerium oleander* L.), plan-

tas la primera purgante fuerte y la segunda tóxica; ese es precisamente el carácter que tienen en común, su toxicidad; por tanto, “baladre” significa planta tóxica, sin que se conozca ninguna excepción. De este modo comprobamos cómo el singular y el plural de un nombre vegetal es reflejo de una cultura que viene de lejos y ha persistido varios siglos.

Pero veamos aún dos casos más. Las zumaqueras (*Rhus coriaria* L., el zumaque) son arbustos de origen mediterráneo-asiático que antiguamente se cultivaron en distintos puntos de Aragón por su riqueza en taninos y consiguiente aplicación como curtientes. Hace más de 100 años aún se citaban de Murillo de Gállego y Ayerbe, hoy quedan en Aínsa y están a punto de extinguirse en Jaca. Pues bien, ALVAR (1992), estudiando su particular geografía lingüística de Aragón descubrió que se pagaba “impuesto de mercadería” en el S. XV (año 1436) por ese producto –el “çumach”– en Barbastro y otros lugares, junto con otras plantas provechosas como el algodón, cáñamo y azafrán. Hace ya tiempo que cayeron en desuso y justo nos queda el nombre, todavía vigente en el valle del Jalón, pero perdido en el Alto Aragón.

Sin embargo, la planta desaparecida por completo de muchos lugares pirenaicos (Jacetania), aunque recordada en numerosos topónimos, es la vid (*Vitis vinifera* L.); por ejemplo, en la solana de Atarés, que llaman “las Viñas” no hay ni una cepa y apenas quedan en Biniés (antiguamente Vinyés), lugar con viñas, por definición. Una plaga, la filoxera, seguida a cierta distancia de la apertura de los mercados y la facilidad para traer el vino de fuera, produjeron esa pérdida.

Algunos de Vds. habrán pensado que este último ejemplo no permite generalizar, porque se trata de una planta cultivada, como el lino, y por ello no resulta suficiente para calibrar la fragilidad del saber etnobotánico. Es cierto, pero la despoblación rural durante los años 1960-70 fue tan brusca que no sólo vació los pueblos (ACÍN & PINILLA, 1995) sino también los conocimientos ligados al particular modo de vida rural de los montañeses (PUJADAS, 1995). Por otra parte, para mayor abundamiento, la llegada de la radio y de la televisión fue rompiendo lo que se ha llamado la cadena de la transmisión oral⁵.

Ese hecho de que estábamos perdiendo parte de nuestra cultura nos lo habían avanzado los lingüistas (por ejemplo, en el Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos celebrado en 1971 en Bagnères de Bigorre) en relación con las fablas, pero lo experimentamos igualmente en este mundo de la etnobotánica. Así, la palabra aculturación, primeramente esbozada con temor por nosotros en los años 80, ya fue usada por los antropólogos abiertamente en los 90 (PUJADAS, Pueblos abandonados) e incluso –llevada a nuestro ámbito más próximo de las plantas medicinales– permitió a MUNTANÉ (1991) el establecimiento de un “índice de aculturación” en la Cerdaña (Pirineo oriental); se calcula estableciendo la relación entre el número de las plantas que se usan y las que se conocen.

Otro aspecto de ese abandono progresivo de nuestra cultura etnobotánica se ha dado en el dominio de los huertos familiares. Cuando nuestra economía era fundamentalmente autárquica, se cuidaban con mimo palmo a palmo, tan imprescindibles eran las hortalizas para la alimentación doméstica. Ahora bien, se sabe que determinados rincones, en

⁵ Desgraciadamente, el proceso continúa. Según el último padrón (1 de Enero de 2002), la población sigue bajando en el Aragón rural y la simplificación a que hemos llegado parece irreversible en muchos aspectos.

ocasiones los más abrigados del frío y del viento, se reservaban para algunas plantas medicinales selectas, no pocas veces aclimatadas del entorno inmediato. Entonces, en los últimos años, con la apertura al exterior y los nuevos modos de vida, han ido abandonándose los huertos. AGELET (1999) ha mostrado cómo en los pocos huertos que se mantienen en el Pallars –comarca vecina de Ribagorza–, las escasas plantas medicinales solo tienen una función ornamental.

Por otra parte, cualquier pastor del Alto Gállego sabe que un “mandilar” es un pasto rico en regaliz de montaña; el topónimo sigue vivo en Panticosa, y viene del “mandil”, *Trifolium alpinum* L., leguminosa muy productiva y alimenticia para el ganado, verdadera joya de la corona en las estivas. Pero un poco más abajo, en la comarca del Sobrepuerto, J. VÁZQUEZ (2002) recogió otro topónimo relacionado “los Mandilóns”, concretamente en Cortillas, pueblecito deshabitado hace tiempo; los informantes afirman desconocer su significado, sólo llegan a situarlo en un punto alto de los pastos de Oturía, a 1920 m. Han perdido la idea y les queda sólo la palabra; han perdido, por tanto, un elemento de su cultura.

Pues bien, los botánicos sabemos que la comunidad del regaliz ha sido forzada a producir renuevo constantemente gracias al pastoreo intensivo de verano, incluso con varios tipos de ganado. Pero si se pasta menos o se abandona, pronto se embastece, o sea, empieza por producir menos y en pocos años puede incluso llegar a ser sustituida por otras asociaciones vegetales dominadas por hierbas duras (*Festuca eskia* Ramond, el “siso”) o agrias (*Nardus stricta*, llamado “narrón” despectivamente). Esta tendencia empobrecedora no es nueva para nosotros y trasciende más allá del ámbito local o regional... si no aprovechamos nuestros propios recursos, nos veremos obligados a importar alimentos y aunque la sociedad global nos lo “facilite”, ello supone incrementar los gastos energéticos en transporte, y ese despilfarro aumentará la contaminación del planeta, factura común que desde luego vamos pagando...

Perdida aquella “tensión cultural”, llega la laxitud. El “fraginal ribagorzano” constituye, en el ámbito peninsular, uno de los paisajes más equilibrados y productivos (MONTSERRAT & VILLAR, l. c.). En efecto, un prado de siega bien abonado, regado cuando hace falta, produce uno o dos cortes más el rebasto otoñal y permite el pastoreo del ganado semiestabulado en invierno-primavera. Además, está rodeado de unos árboles forrajeros, los fresnos, que no sólo dan media sombra, sino que con sus raíces estabilizan las laderas y con sus hojas tan productivas como la alfalfa aportan un suplemento alimenticio en pleno invierno, cuando los días son malos o las reservas del henil se han acabado. Durante mucho tiempo, las reservas de forraje o heno han condicionado la dimensión de las explotaciones ganaderas, pues permitían superar la época difícil sin tener que importar piensos del exterior.

Hoy en día muchas praderías se han ido abandonando. Primero se descuidaron los fresnos o se sustituyeron por chopos híbridos; luego se dejaron de mantener las caceras o sistemas de riego; más tarde se dejaron de segar y pastar oportunamente, con lo que se han visto invadidas por malas hierbas altas (umbelíferas como *Heracleum sphondylium* L., la “cecuta” y otras). Por fin, han sido colonizados por un árbol invasor, el “tremolín” o temblón (*Populus tremula* L.) o por otro de las orillas húmedas, el “albar” o abedul que ya hemos mencionado.

Esos paisajes humanizados que caracterizaron por mucho tiempo el Pirineo y otras montañas de la zona templada se van desdibujando y estamos pasando por una etapa cada vez más “deshumanizada”, o sea, donde el desorden productivo y paisajístico, la banalización, van en aumento. Y ahí pelagra la conservación de todo el ecosistema, porque si faltan los aportes reguladores, si falta el hombre con su cultura y sus herbívoros, aumentará la fragilidad general, la erosión se cebará en algunos lugares y podrán venir –de hecho ya han llegado– los incendios catastróficos.

Sin duda, los especialistas en agronomía de montaña y en ecología de paisajes nos deberán orientar sobre la manera de estructurar esos paisajes para que no pierdan bruscamente la estabilidad que los montañeses habían sabido lograr. Y entonces, los conocimientos etnobotánicos demostrarán una vez más su interés científico y social, porque en nuestra opinión son un reflejo de la armonía entre el hombre y su entorno natural.

Biodiversidad biológica, biodiversidad cultural, Ecología humana

A lo largo de nuestra exposición hemos ido hablando de nuestra riqueza florística, de nuestra diversidad de nombres, de la gran cantidad de señales toponímicas vegetales, de paisajes humanizados, de recursos naturales biológicos... entre líneas ha quedado expresado que tenemos un patrimonio muy importante al que nos hemos aproximado desde distintas facetas. Son todas ellas ideas que van dando contenido a lo que actualmente entendemos por biodiversidad, concepto nacido del compromiso expresado hace diez años en la conferencia de Río (1992) en el sentido de procurar que la actuación de la Humanidad sobre el planeta Tierra se mantenga dentro de límites estables, y ello también en las montañas, cuyo Año Internacional acabamos de celebrar.

Siguiendo las ideas de MARGALEF (1968) sobre la información en Ecología, tenemos, en efecto, una biodiversidad genético-biológica. Durante millones de años, la evolución biológica ha ido filtrando información adaptativa hasta llegar a las actuales especies, nosotros entre ellas; los individuos, las poblaciones y las estirpes han ido interactuando en diversos ambientes hasta este momento. Es nuestro patrimonio más preciado, sin duda el que más condiciona nuestra situación actual y futura.

Luego tenemos la biodiversidad ecológica, que nos expresa, dentro de los ecosistemas, y simplificando mucho, la relación de los individuos o comunidades con los factores climáticos, edáficos, ya sea en el espacio –lo cual se plasma en el paisaje equilibrado, con cada cosa en su sitio– o en el tiempo, con los ritmos estacionales de las plantas, los desplazamientos de los animales, etc.

Finalmente tenemos la biodiversidad cultural, o sea, la amplitud y variedad de la información extracorpórea e incluso extraambiental, basada en el aprendizaje, propia de los animales superiores y, sobre todo, del hombre. Sería resultado de la interacción, durante miles de años, entre el hombre y sus diversos ambientes. Hace ya cierto tiempo se empezó a hablar de los “paisajes culturales”, luego se comenta la “etnodiversidad” como una parte de la biodiversidad (de FOUCAULT, 2001) y también se asocia el patrimonio cultural con el patrimonio natural; precisamente, en la reciente declaración del Monte Perdido como Patrimonio de la Humanidad pesó el sello de la cultura pirenaica y los equilibrios alcanzados en su relación con el medio (de BELLEFON, 2000).

Los ejemplos mencionados nos han permitido ver las estrechas relaciones que han unido tradicionalmente nuestros hombres a su territorio, ya sea a través de las plantas cul-

tivadas, de los prados y pastos seminaturales o naturales, de las plantas medicinales y útiles, de las conocidas por su peligrosidad y, sobre todo, de los topónimos vegetales que reflejan las especies, sus comunidades y los factores del medio. Evidentemente, esos enfoques pueden contemplarse entre las Ciencias Naturales y las Humanidades, o mejor todavía, en la llamada Ecología humana. Conviene reiterar ahora el sentido adaptativo de todas esas manifestaciones del acervo cultural profundo, como el de las otras biodiversidades. Las certeras palabras de Di CASTRI (l. c.) resumen muy bien esa idea: “si perdemos información perdemos capacidad de adaptación”.

Conclusión

Planteado en otros términos, cuanto mayor sea nuestra riqueza cultural o más ricos nuestros conocimientos científicos y populares, mejor documentados estaremos para resistir, para supervivir frente a los cambios, tan bruscos como imprevisibles, que nos toca vivir en la actualidad.

Por ello, en conclusión, la fragilidad de nuestros saberes populares, la pérdida de información que hemos referido con datos y ejemplos nos parece un hecho grave, especialmente cuando, como hemos visto, los otros saberes, los científicos, no siempre les han igualado o superado.

Es cierto que el interés mostrado por nuestra sociedad industrial o post-industrial hacia los libros de cultura popular, modos de vida e incluso de plantas medicinales del Pirineo indican lo hondas que son nuestras raíces culturales, nuestra memoria de grupo; también vemos que se intentan mantener y enseñar nuestras lenguas vernáculas... pero todo ello no basta. Tampoco bastan los espacios naturales protegidos, aunque sirvan para sacar a la luz nuestro deseo íntimo de conservar todo el territorio, de gestionarlo respetuosamente (VILLAR, 1999).

Necesitamos al hombre. Desde el mundo de la ecología y la conservación de la naturaleza, nos parece muy difícil el mantenimiento de todas nuestras biodiversidades pirenaicas sin los hombres de la montaña, a ser posible conocedores de su cultura compleja, pero capaces de integrar elementos de la ciencia, ya hemos visto que una y otra se tocan. Como consecuencia, esos hombres deberían ser los verdaderos protagonistas del desarrollo sostenible de nuestra Cordillera, pues sentirían la fuerza de su cultura, conocerían las muchas posibilidades que se nos ofrecen y también las muchas limitaciones que tenemos.

* * *

Señoras y señores, ya van dichas muchas palabras sobre los nombres de las plantas, ya van hechas unas cuantas consideraciones en torno a nuestros saberes científicos y populares, alrededor de nuestra cultura. Y como las palabras son los signos del alma, según manifestó el poeta Luis Cernuda, mi mayor deseo es que a través de las mías, ustedes y yo nos hayamos acercado un poco a esas facetas tan dignas del alma aragonesa, del alma pirenaica.

Muchas gracias por su atención.

Referencias

- Acín, J. L. & Pinilla, V. (Coord.), 1995.- *Pueblos abandonados ¿Un mundo perdido?* Rolde de Estudios Aragoneses. Zaragoza.
- Agelet, A., 1999.- *Estudis d'etnobotànica al Pallars*. Tesis doctoral. Facultat de Farmàcia. Universitat de Barcelona.
- Agelet, A. & Vallés, J., 2001.- "Studies on pharmaceutical ethnobotany in the region of Pallars". *Journal of Ethnopharmacology*, **77**: 57-70.
- Alvar, M., 1948.- *El habla del Campo de Jaca*. Salamanca.
- Alvar, M., 1949.- "Toponimia del alto valle del Río Aragón". *Monografías de Instituto de estudios Pirenaicos*, 16, 112 pp. Zaragoza.
- Alvar, M., 1992.- *Antigua geografía lingüística de Aragón: Los peajes de 1436*. Institución Fernán el Católico. Zaragoza.
- Andolz, R., 1984.- *Diccionario Aragonés-Castellano. Castellano-Aragonés*. Mira Ed. Zaragoza.
- Andolz, R., 1987.- *De pilmadores, curanderos y sanadores en el Alto Aragón*. Zaragoza.
- Bastardas, M. R., 1994.- *La formació dels col·lectius botànics en la toponímia catalana*. Reial Acadèmia de Bones Lletres. Barcelona.
- Bellefont, P. de (Ed.), 2000.- *Tres Serols-Monte Perdido*. As. Monte Perdido Patrimonio Mundial. Lourdes.
- Blanco, E., Morales, R. & Sánchez, P. M., 1994.- "Bernardo Cienfuegos y su aportación a la Botánica en el S. XVII". *Asclepio*, **46(1)**: 37-123.
- Bonet, M. A., Agelet, A., Vallés, J. & Villar, L., 2001.- "Contribution à la connaissance ethnobotanique des ptéridophytes dans les Pyrénées". *Bocconea*, **13**: 605-612.
- Calvo, C., 1994.- La "medicina popular en el Pirineo Aragonés: Fuente para su estudio y método de trabajo". In: UBIETO, A. (Ed.): *Metodología de la Investigación Científica sobre fuentes aragonesas*, **9**: 465-473. Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Zaragoza.
- Casti, F. di, 2001.- "La ecología, entre la realidad y los mitos". *Pirineos*, **156**: 135-167.
- Fernández-López, C., Fernández-Ocaña, A. M., Martos-Gilabert, A. & Ortuño-Moya, I., 1996.- *Plantas medicinales y útiles en la península Ibérica*. Jaén.
- Ferrández, Z, J. V. & Sanz, J. M., 1993.- *Las plantas en la medicina popular de la comarca de Monzón*. Instituto de Estudios Altoaragoneses. Huesca.
- Font Quer, P., 1962.- *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*. Ed. Labor. Barcelona.
- Foucault, B. de, 2001.- "De la biodiversité à l'ethnodiversité". *J. Bot. Soc. bot. France*, **16**: 45-59.
- Foz, B., 1986.- *Vida de Pedro Saputo*. Ed. Laia. Barcelona.
- Guillén, J. J., 1981.- *Toponimia del Valle de Tena*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- Lázaro Carreter, F., 1997.- *El dardo en la palabra*. Galaxia Gutenberg Círculo de Lectores. Barcelona.

- Le Nail, J. F., 2000.- “Una comunidad necesaria”. In: De BELLEFON, P. & al.: *Tres Serols-Monte Perdido*: 146-162. As. Monte Perdido Patrimonio Mundial. Lourdes.
- Le Nail, J. F., 2003.- “Ventes Annuelles de Pâturages en Vallée de Barège au XV^e Siècle. Notes et documents d’histoire pastorale”. In: *Mélanges offerts à Xavier Ravier*. Collection Méridiennes. CNRS-Université de Toulouse Le Mirail FRAMESP. Toulouse.
- Margalef, R., 1968.- *Perspectives in ecological theory*. Chicago University Press. Chicago.
- Martínez Rica, J. P., 2002.- *La ecología de montaña: oportunidades para la investigación científica*. Academia de Ciencias Exactas, Físicas, Químicas y Naturales de Zaragoza. Zaragoza.
- Martínez Tejero, V., 1997.- “Notas sobre medicina popular aragonesa”. *Temas de Antropología Aragonesa*, 7: 175-192.
- Mascaray, B., 2000.- *El misterio de la Ribagorza*. Huesca.
- Montserrat, P., 1953.- “El Turbón y su flora”. *Pirineos*, 28-30: 169-228.
- Montserrat, P. et Villar, L., 1995.- “Los Agroecosistemas” In: VILLAR, L. (Ed.) *Historia Natural’93*: 157-168. Instituto de Estudios Altoaragoneses e Instituto Pirenaico de Ecología. Huesca.
- Morales, R. (Coord.), 1996.- “Nombres vulgares, II”. *Archivos de Flora iberica*, 7: 1-325.
- Muntané, J., 1991.- *Aportació al coneixement de l’Emobotànica de Cerdanya*. Tesis doctoral. Facultat de Farmàcia. Universitat de Barcelona.
- Mur, R., 2002-2003.- “De toponimia jacetana”. *El Pirineo Aragonés*. Entregas semanales desde el 25 de Enero de 2002 hasta la actualidad.
- Mur, R., 2002.- *Pirineos. Montañas profundas*. Ed. Pirineo. Huesca.
- Palacín, J. M., 1994.- “La Medicina popular: Fuentes para su estudio y método de trabajo”. In: UBIETO, A. (Ed.): *Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas*, 9: 361-418. Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Zaragoza.
- Pallaruelo, S., 2000.- *José, un hombre de los Pirineos*. Prames. Zaragoza.
- Pujadas, J. J., 1995.- “Identidad cultural y despoblación”. En ACÍN, J. L. & PINILLA, V. (Coord.) 1995 *Pueblos abandonados ¿Un mundo perdido?*: 215-226. Rolde de Estudios Aragoneses. Zaragoza.
- Ruiz de la Torre, J., 1988.- “Sinfitónimos”. *Homenaje a Pedro Montserrat*: 1027-1031. Huesca y Jaca.
- Sánchez, E., 1994.- *Cestería tradicional aragonesa y oficios afines*. Gobierno de Aragón. Zaragoza.
- Satué, E., 1996.- *Cabalero (un viejo pastor del Pirineo)*. Zaragoza.
- Séguy, J., 1953.- “Les noms populaires des plantes dans les Pyrénées centrales”. *Monografías de Instituto de estudios Pirenaicos*, 100, 448 pp. Barcelona.
- Selfa, M., 2002.- “Municipio de Valle de Bardaxín”. *Toponimia de Ribagorza*, 9. Ed. Milenio. Lleida.
- Vázquez, J., 1989.- “Pervivencia de apelativos de la flora y de la fauna en la toponimia de Sobremonte”. *Archivo de Filología Aragonesa*, XLII-XLIII: 149-172.

- Vázquez, J., 1998.- “Para un corpus de toponimia tensina”. *Archivo de Filología Aragonesa*, **LIV-LV**: 207-266.
- Vázquez, J., 2002.- *Nombres de lugar de Sobrepuerto*. Comarca Alto Gállego. Huesca
- Vázquez, J., Enseñat, A. & Tarragó, J., 2002.- “Municipio de Lascuarre”. *Toponimia de Ribargorza*, 7. Ed. Milenio. Lleida.
- Villar, L., 1990.- “El herbario JACA como fuente de datos ecológicos y biológicos. Metodología para extraerlos”. In: UBIETO, A. (Ed.): *Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas*, núm. 5: 89-105. Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Zaragoza.
- Villar, L., 1991.- “Principales resultados del estudio de las plantas medicinales del Alto Aragón”. In: *VI Jornadas nacionales de plantas medicinales, aromáticas y condimentarias*, **2**: 210-213. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- Villar, L., 1997.- *Etnobotánica*. Gran Enciclopedia Aragonesa (Apéndice III): 171. Zaragoza.
- Villar, L., 1998.- “Panorámica de la Etnobotánica en España (Pirineos y NE peninsular)”. *Monografías del Jard. Bot. De Córdoba*, **5**: 165-177.
- Villar, L., 1999.- “Espacios naturales protegidos del Pirineo”. In: VILLAR, L. (ed.) 1999). *Espacios naturales protegidos del Pirineo. Ecología y cartografía*: 13-18. Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón. Zaragoza.
- Villar, L., Palacín, J. M., Calvo, C., Gómez, D. & Montserrat, G., 1987, 1992.- *Plantas medicinales del Pirineo Aragonés y demás tierras oscenses*. Diputación provincial de Huesca e Instituto Pirenaico de Ecología. Huesca.
- Villar, L., Sesé, J. A. & Ferrández, J. V., 1997, 2001.- *Atlas de la Flora del Pirineo Aragonés*, vols. I y II. Instituto de Estudios Altoaragoneses y Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón. Huesca.